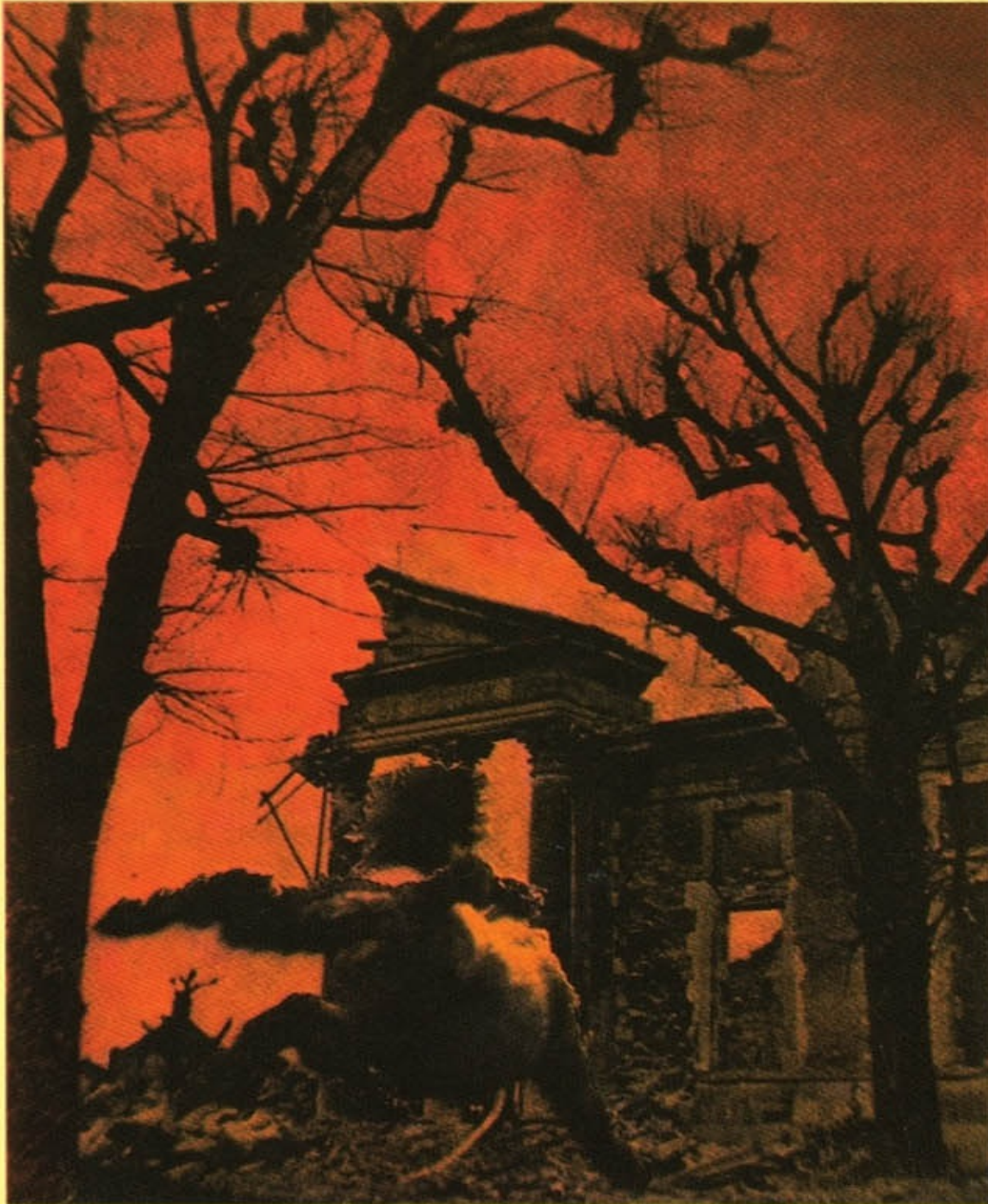


THOMAS
BERNHARD

El origen

PROLOGO DE MIGUEL SAENZ



Con la publicación de *El origen* iniciamos un ambicioso proyecto: la publicación de lo que se ha calificado como una de las grandes autobiografías del siglo, la del escritor austríaco Thomas Bernhard. Una serie autobiográfica que se desarrolla a lo largo de una serie de tomos, episodios cerrados e independientes, que se leen como novelas.

El origen es una excavación en los años de adolescencia de Thomas Bernhard. Una invectiva salvaje contra el sistema educativo en general, contra el nacionalismo y el catolicismo —estas "enfermedades" que el autor sitúa en pie de igualdad como dos rituales igualmente lesivos para la dignidad humana—, y contra Salzburgo, su ciudad adoptiva y cuasinal, una ciudad símbolo de la belleza, el arte y la cultura, pero en realidad un atroz dispositivo para el suicidio, un museo de la muerte. Se trata de un libro espeluznante en el que la palabra más frecuente quizá sea "horror": no en vano, escribir, para Bernhard, consiste en una metódica y posiblemente catártica exploración del horror. Pero es, a su vez, un libro admirablemente escrito, una muestra concluyente del virtuosismo verbal del autor. Las repeticiones obsesivas de determinadas palabras-clave, las variaciones que desarrollan en sus ampliaciones más significadas más profundas, las frases meándricas y la utilización paranoica de ciertas expresiones están ampliamente representadas, así como también el certero instinto musical del autor. En *El origen* —este incesante soliloquio de furor iconoclasta— se encuentra la clave para conocer el mundo de Thomas Bernhard. "Sus escritos autobiográficos, de tomo en tomo más sobrios, más secos y más parcios en palabras, figuran ya entre las obras maestras de la literatura de este siglo." (Rolf Michaelis, *Die Zeit*) "Leo este libro de un tirón. No puedo escapar a esta proliferación musical de la escritura, a esta iracunda continuidad." (Bruno Bayen, *La Nouvelle Revue Française*)



eBooks con estilo

Thomas Bernhard

El origen

Una indicación

ePUB v1.1

Werth 10.03.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Die Ursache. Eine Andeutung.*
1975, Thomas Bernhard

Traducción y prólogo: Miguel Sáenz

Prólogo

En 1975, Thomas Bernhard publica su novela *Korrektur* (Corrección). Es un libro impresionante, de prosa rítmica y estructura implacable, sin duda su novela más perfecta hasta la fecha, pero es también un callejón sin salida y muchos se preguntan si Bernhard no habrá ido demasiado lejos: ¿qué camino podría tomar, a partir de entonces, su narrativa?

Sin embargo, 1975 es igualmente el año en que aparece la primera entrega de lo que se anuncia ya como una larga autobiografía: *Die Ursache* (El origen), y la crítica, discorde en cuanto a las excelencias de *Korrektur* («una tortura», la llama Ulrich Greiner), saluda unánimemente ese nuevo libro como obra maestra. Sobre Thomas Bernhard se sabía en realidad muy poco, aunque se supusiera mucho. Casi todos los datos se reducían al texto *Drei Tage* (Tres días), en el que Bernhard, ante las cámaras, había dado una serie de clases que explicaban en parte -sólo en parte- sus obsesiones favoritas. Lo que se inicia ahora con *El origen* es algo infinitamente más ambicioso y más revelador: Bernhard, sencillamente, emprende el ascético ejercicio de contar toda su vida, como medio de autoanálisis, exorcismo y liberación. La dificultad con que tropieza -lo dice en *El origen*- es cómo reflejar los sentimientos de *entonces* con el pensamiento de *hoy*. Y no es seguro que lo que cuente sea siempre la verdad o, por lo menos, *toda* la verdad... Pero lo que importa es su *intención* de contar la verdad.

Poco a poco (Bernhard es un escritor enormemente fecundo: tiene años de tres y cuatro obras), van apareciendo los tomos de esa autobiografía: episodios cerrados e independientes, que se leen como novelas. Hasta ahora, salvo error, son seis, aunque con Bernhard sea difícil no quedarse atrás: *Die Ursache* (El origen, 1975), *Der Keller* (El sótano, 1976), *Der Atem* (El aliento, 1978), *Die Kälte* (El frío, 1981), *Ein Kind* (Un niño, 1982) y *Wittgensteins Neffe* (El sobrino de Wittgenstein, 1982). Todos juntos forman ya lo que algunos han calificado de *Erziehungsroman* (la novela de una educación o, como diría Bernhard, de una antieducación), pero la designación no es totalmente exacta: Bernhard no aprende, no evoluciona sino que, simplemente, vive. Su existencia ha sido atroz, ahora se sabe, pero, sorprendentemente, de toda esa relación de horrores, de ese desfile maniaco de enfermedades, locuras y muertes, se desprende siempre una especie de voluntad sobrehumana de vivir.

Die Ursache significa el origen (y también la causa, el motivo, la razón), y el libro lleva un subtítulo: *eine Andeutung*, una indicación. Bernhard dice que sólo quiere indicar, bosquejar, insinuar, aludir... pero su obra es una invectiva salvaje contra el sistema educativo en general, contra el Nacionalsocialismo y el Catolicismo (que él sitúa en pie de igualdad) y contra la bella y musical Salzburgo, su ciudad adoptiva y cuasinatal. Al principio, la polvareda del escándalo (en un país que, sin embargo, está acostumbrado a ser denigrado por sus hijos) impide ver la estatura real de la obra. Alguien que se reconoce en «el Tío Franz» se querella y, por su libro y otros motivos, Bernhard se enfrenta con la Dirección de los Festivales (que han estrenado anteriormente obras suyas) y decide no presentar en Salzburgo su última aportación a la escena: *Die Berühmten* (Los famosos). La verdad es que pocas veces habrá sido atacada una ciudad (y sus habitantes) con mayor violencia, y que lo que se inicia casi con el tono satírico de un Heine se convierte enseguida en una diatriba que no parece conocer límites: «fachada pérfida», «enfermedad mortal», «cementerio... de fantasías y deseos», «museo de la muerte»... la lista de improperios que Bernhard dedica a su ciudad sería larga.

El origen se divide en dos partes, cada una de las cuales lleva por título el nombre de una persona para Bernhard prototípica: «Grünkranz» y «El Tío Franz». En la primera, Salzburgo está en garras de la guerra y bajo el nacionalismo del Nacionalsocialismo; en la segunda ha llegado la paz (¡pero qué paz!) y el Catolicismo ha vuelto a resurgir entre los escombros. Bernhard se revuelve contra esas dos «enfermedades», de las que pretende no haberse contagiado pero que, según dice, lo han marcado para toda la vida.

Se trata de un libro espeluznante, en el que la palabra más frecuente quizá sea «horror». Pero es también un libro admirablemente escrito y una muestra escogida del conocido virtuosismo verbal de Bernhard. Las repeticiones, las variaciones, las frases meándricas y la utilización paranoica de algunas expresiones están ampliamente representadas... como también el seguro instinto musical de su autor.

Con todo, *El origen*, no es importante sólo por esa prosa de lujo. Thomas Bernhard el misántropo, el enemigo del hombre, se revela aquí (bajo la advocación de Montaigne) como un auténtico *moralista* (valga la desprestigiada palabra) que, *a pesar de todo*, tiene fe en el hombre o, por lo menos, en algunos hombres... Los humillados y ofendidos, desde luego.

La obra de Bernhard se ha comparado muchas veces a la de Kafka y Beckett y sería difícil no estar de acuerdo. Pero Bernhard se merece algo más: un lugar propio y exclusivo en la Historia de la Literatura... Y *El origen* es la primera etapa de lo que se ha llamado (Rolf Michaelis) «una de las grandes autobiografías del siglo».

Dos mil personas intentan todos los años, en el *Land* federal de Salzburgo, poner fin a su vida, y una décima parte de esos intentos de suicidio tienen desenlace fatal. Con ello, Salzburgo ostenta en Austria, a la que con Hungría y Suecia corresponde la tasa de suicidios más elevada, la marca nacional.

Salzburger Nachrichten, 6 de mayo de 1975

Grünkranz

La ciudad, poblada por dos clases de personas, los que hacen negocios y sus víctimas, sólo es habitable, para el que aprende o estudia, de forma dolorosa, una forma que turba a cualquier naturaleza, con el tiempo la disturba y perturba y, muy a menudo, sólo de forma alevosa y mortal. Las condiciones meteorológicas extremas, que irritan y debilitan continuamente y, en cualquier caso, enferman siempre a las personas que viven en ella, por una parte, y la arquitectura salzburguesa, que en esas condiciones produce unos efectos cada vez más devastadores en la constitución de las personas, por otra, ese clima prealpino, que *oprime* a todas esas personas dignas de compasión, de forma consciente o inconsciente pero, en sentido médico, *siempre dañina y, en consecuencia, que las oprime en su mente y su cuerpo y en todo su ser, al fin y al cabo totalmente a la merced de esas condiciones naturales*, y con brutalidad increíble produce una y otra vez esos habitantes irritantes y debilitantes y enfermantes y humillantes e insultantes y dotados de una gran vileza y abyección, engendran una y otra vez a esos salzburgueses de nacimiento o llegados de fuera que, entres sus muros fríos y húmedos, amados con *predilección* por el aprendiz y estudiante que fui hace treinta años en esa ciudad, pero odiados por experiencia, se entregan a sus estúpidas terquedades, absurdidades, barbaridades, asuntos brutales y melancolías, y constituyen una inagotable fuente de ingresos para todos los médicos y empresarios de pompas fúnebres posibles e imposibles. Quien se ha criado en esa ciudad, según los deseos de quienes tenían sobre él la patria potestad pero en contra de su propia voluntad y, desde su más temprana infancia, con la mayor predisposición sentimental e intelectual en Favor de esa ciudad, ha estado encerrado por una parte en el proceso espectacular de la celebridad mundial de esa ciudad como en una perversa máquina de belleza en tanto que máquina de falsedad, productora de oro y oropel y, por otra parte, con la falta de medios y de ayuda de su infancia y juventud, por todas partes desamparadas, como en una fortaleza de miedo y de horror, condenado a esa ciudad como la ciudad en que desarrollaría su carácter y su espíritu, tiene de esa ciudad y de las condiciones de existencia en esa ciudad un recuerdo, para no expresarlo en forma demasiado grosera ni demasiado frívola, más bien triste y más bien oscurecedor de su primerísimo y primer desarrollo, pero en cualquier caso funesto, cada vez más decisivo para toda su existencia y horrible, y ningún otro. En contra de la calumnia, la mentira y la hipocresía, tiene que decir, al escribir la presente indicación, que esa ciudad, que impregnó todo su ser y condicionó su entendimiento, fue siempre para él, y sobre todo en su infancia y juventud, en la época de desesperación, en tanto que época de maduración, en que existió y se ejerció en ella durante dos decenios, una ciudad que lesionó más bien su espíritu y su ánimo, que, efectivamente, sólo maltrató siempre su espíritu y su ánimo, una ciudad que lo penó y apenó ininterrumpidamente, directa o indirectamente, por faltas y crímenes no cometidos, y que sofocó en él la sensibilidad y el sentimiento, de cualquier naturaleza que fueran, y no una ciudad que fomentara sus dotes creadoras. En esa época de estudios, que sin duda alguna fue su época más espantosa, y de esa época de estudios suya y de las sensaciones que tuvo en esa época de estudios se habla aquí, tuvo que pagar, para el resto de su vida, un alto precio y probablemente la más alta de las sumas. Esa ciudad no merecía el afecto y el amor que, como afecto *anticipado* y amor *anticipado* por su parte, había heredado él de sus mayores, y siempre y en todas las épocas y en todos los casos, hasta hoy, lo ha rechazado, repelido y, en cualquier caso, herido en su indefenso amor propio. Si no hubiera podido dejar atrás a esa ciudad que, en definitiva, hiere y zahiere y, finalmente, aniquila a las personas creadoras, y que, por mis padres, es a un tiempo para mí ciudad materna y paterna, en un instante determinado y, precisamente, en el instante decisivo y salvador de la máxima tensión nerviosa y la mayor lesión posible de mi espíritu, hubiera dado ejemplo, como tantas otras personas creadoras de esa ciudad y como tantas otras a las que estuve unido y en las que confié, con la única prueba que caracteriza a esa ciudad, matándome súbitamente, como tantos se han matado súbitamente en ella, o pereciendo lenta y miserablemente entre sus muros y en su atmósfera que provoca la asfixia y nada más que la asfixia, como han perecido en ella, lenta y miserablemente, tantos otros. Con mucha frecuencia he podido reconocer y amar la especial forma de ser y la peculiaridad absoluta de ese paisaje materno y paterno mío, hecho de una naturaleza (famosa) y de una arquitectura (famosa), pero los imbéciles habitantes que existen y, de año en año, se multiplican aturdidamente en ese paisaje y esa naturaleza y esa arquitectura, y sus leyes viles y su interpretación aún más vil de esas leyes suyas, han matado siempre enseguida mi reconocimiento y mi amor por esa naturaleza (como paisaje) que es una maravilla, y por esa arquitectura, que es una obra de arte, los han matado ya siempre enseguida en sus comienzos, y mis medios de existencia, confiados sólo a mí mismo, se han sentido siempre enseguida indefensos contra la lógica pequeñoburguesa que impera en esa ciudad como en ninguna otra. Todo en esa ciudad está en contra de lo creador y, aunque se afirme lo contrario cada vez más y con vehemencia cada vez mayor, la hipocresía es su fundamento, y su mayor pasión la falta de espíritu, y dondequiera que la fantasía se atreva a mostrarse siquiera en ella, es extirpada. Salzburgo es una fachada

pérfida, en la que el mundo pinta ininterrumpidamente su falsedad, y detrás de la cual lo (o el) creador tiene que atrofiarse y pervertirse y morirse lentamente. Mi ciudad de origen es en realidad una enfermedad mortal, con la que sus habitantes nacen o a la que son arrastrados y, si en el momento decisivo no se van, se suicidan súbitamente, directa o indirectamente, antes o después, en esas condiciones espantosas, o perecen directa o indirectamente, lenta y miserablemente, en ese suelo de muerte, arquitectónico-arzobispal-embrutecido-nacionalsocialista-católico, y en el fondo totalmente enemigo del ser humano. La ciudad es, para quien la conoce y conoce a sus habitantes, un cementerio en la superficie hermoso, pero bajo esa superficie en realidad horrible, de fantasías y deseos. Para el que aprende o estudia, e intenta encontrar su orden y su derecho en esa ciudad, que sólo es famosa en todas partes por su belleza y su construcción, y que en la época de los llamados Festivales es además famosa todos los años por el, así llamado, Gran Arte, esa ciudad no es pronto más que un museo de la muerte, frío y expuesto a todas las enfermedades y vilezas, en el que crecen todos los obstáculos imaginables e inimaginables que desintegran y hieren en lo despiadadamente más profundo, sus energías y dotes y disposiciones intelectuales, y pronto la ciudad no es ya para él una hermosa naturaleza y una arquitectura ejemplar sino nada más que una impenetrable maleza humana, hecha de abyección y vileza y, cuando camina por sus calles, no camina ya rodeado de música sino que se siente nada más que repelido por el lodazal moral de sus habitantes. La ciudad es en ese estado, para quien se ve en ella de repente engañado en todo, como corresponde a su edad, no una desilusión sino, un espanto, y tiene para todo, también para esa conmoción, sus argumentos de muerte. El muchacho de trece años se ve de pronto, como *experimenté (sentí)* entonces y como *pienso* hoy, con toda la dureza de esa experiencia, con otros treinta y cuatro internos de su misma edad en un dormitorio del internado de la Schrammengasse, sucio y hediondo, hediondo a muros viejos y húmedos y a sábanas viejas y raídas y a alumnos jóvenes y sin lavar, y durante semanas no puede dormir porque su entendimiento no entiende por qué, de pronto, tiene que estar en ese dormitorio sucio y hediondo, y porque tiene que sentir como una traición lo que no se explica como necesario para su formación. Las noches son para él una escuela de observación del abandono de los dormitorios de los establecimientos de enseñanza públicos y, como consecuencia, de los establecimientos de enseñanza en general y, una y otra vez, de los que se alojan en esos establecimientos de enseñanza, niños de las comunidades rurales a los que sus padres, como a él mismo, se han quitado de la mente y de las manos, entregándolos a la represión estatal, y que, según le parece a él durante sus forzadas observaciones nocturnas, pueden cambiar sin más su estado de agotamiento por un sueño profundo, mientras que él no puede cambiar jamás *su estado de agotamiento* mucho mayor aún, como *estado de lesión* ininterrumpido, ni por un instante de sueño. Las noches se prolongan como estados de desesperación y de angustia, y lo que oye y ve, y percibe con continuo horror, es siempre sólo alimento nuevo para una nueva desesperación. El internado es para el recién llegado un calabozo concebido astutamente contra él y, por lo tanto, contra su existencia entera, construido *abyectamente en contra de su espíritu*, en el que el Director (Grünkranz) y sus ayudantes (vigilantes) dominan todo y a todos y en el que sólo están permitidas la obediencia absoluta y, por lo tanto, la sumisión absoluta de los alumnos, o sea de los débiles a los fuertes (Grünkranz y sus ayudantes), y sólo la ausencia de respuesta y la celda oscura. El internado, como calabozo, significa una agravación cada vez mayor de su pena y, finalmente, una falta total de perspectivas y de esperanzas. Que aquellos que, como siempre había creído, lo querían lo hayan arrojado con plena conciencia a ese calabozo estatal no lo entiende, y lo que le preocupa en primer lugar, ya en los primeros días, es, como es natural, el *pensamiento del suicidio*. Extinguir su vida o su existencia, para no tener que vivirla ni existirla más, poner fin a esa infelicidad y desamparo repentinos y totales saltando por la ventana o colgándose, por ejemplo, en la habitación de los zapatos de la planta baja le parece lo único acertado, pero no lo hace. Siempre, cuando practica el violín en la habitación de los zapatos, para sus ejercicios de violín Grünkranz le ha adjudicado la habitación de los zapatos, piensa en el suicidio, las posibilidades de colgarse son máximas en la habitación de los zapatos, no le plantea ninguna dificultad conseguir una cuerda, y ya al segundo día hace un intento con los tirantes de su pantalón, pero abandona otra vez ese intento y hace sus ejercicios de violín. Siempre que entra luego en la habitación de los zapatos, entra en el pensamiento del suicidio. La habitación de los zapatos está llena de centenares de zapatos empapados de sudor de los alumnos, en estantes de madera carcomida, y sólo tiene como ventana una abertura hecha en el muro, muy cerca del techo, por la que, sin embargo, sólo penetra el aire viciado de la cocina. En la habitación de los zapatos está solo consigo mismo y solo con sus pensamientos de suicidio, que comienzan al mismo tiempo que sus ejercicios de violín. Así, el entrar en la habitación de los zapatos, que es, sin duda alguna, el cuarto más horrible de todo el internado, es para él un refugiarse en sí mismo, con la excusa de practicar el violín, y practica el violín con tanta fuerza en la habitación de los zapatos que, durante los ejercicios de violín en la habitación de los zapatos, teme ininterrumpidamente que la habitación de los zapatos explote en cualquier momento, en medio de sus ejercicios de violín, que le resultan fáciles y realiza de la forma más virtuosa, aunque no más exacta, se entrega totalmente a sus pensamientos de suicidio, en los que se había adiestrado ya antes de entrar en el internado, porque, al convivir con su

abuelo durante toda su infancia anterior, pasó por la escuela de la especulación con el suicidio. Los ejercicios de violín y su Sevcik diario eran para él, en su conciencia de que no llegaría nunca a hacer nada grande con el violín, una coartada bien recibida para estar solo y estar consigo mismo en la habitación de los zapatos, en la que, durante sus ejercicios, nadie podía entrar; en la parte de afuera de la puerta colgaba un cartel escrito por la señora Grünkranz con el letrero «Prohibida la entrada, Ejercicios de violín». Todos los días esperaba con ansia poder interrumpir con su estancia en la habitación de los zapatos los tormentos de la educación del internado, que lo agotaban por completo, poder aprovechar esa horrible habitación de los zapatos, con la música de su violín, para los fines de sus pensamientos de suicidio. Había compuesto en su violín su propia música, su música para afrontar los pensamientos de suicidio, la más virtuosa de las músicas que, sin embargo, nada tenía que ver con la prescrita en el Sevcik ni tampoco con los ejercicios que le ponía Steiner, su profesor de violín, esa música era para él realmente un medio de aislarse todos los días, después de la comida, de los otros internos y de todo el mecanismo del internado, y de poder dedicarse a sí mismo, nada más, no tenía nada que ver con el estudio del violín tal como hubiera sido necesario y al que lo habían obligado pero que él, sin embargo, porque en el fondo no lo deseaba, aborrecía. Esa hora de ejercicios de violín en la habitación de los zapatos casi totalmente oscura, en la que los zapatos de los alumnos, puestos en filas hasta el techo, espesaban cada vez más su olor a cuero y a sudor encerrado en la habitación de los zapatos, era para él *la única posibilidad de huida*. Su entrada en la habitación de los zapatos significaba el comienzo simultáneo de su meditación sobre el suicidio, y el tocar intensa y cada vez más intensamente el violín, un ocuparse intensa y cada vez más intensamente del suicidio. Realmente hizo en la habitación de los zapatos muchos intentos de matarse, pero no llevó ninguno de esos intentos *demasiado lejos*, el manipular con sogas y tirantes y los cientos de intentos con los numerosos ganchos de las paredes de la habitación de los zapatos fueron siempre interrumpidos en el punto decisivo y salvador, y también por él mismo, mediante un tocar el violín más consciente, mediante una interrupción totalmente consciente del pensamiento del suicidio y una concentración totalmente consciente en las posibilidades, que cada vez lo fascinaban más, del violín, el cual, con el tiempo, le pareció menos un instrumento musical que, más bien, un instrumento para desencadenar su meditación sobre el suicidio y su docilidad hacia el suicidio, y para interrumpir súbitamente esa meditación sobre el suicidio y esa docilidad hacia el suicidio; siendo, por una parte, sumamente musical (Steiner) y por otra, como es natural, estando hundido en una total indisciplina en lo referente a las normas (igualmente Steiner), su tocar el violín y, sobre todo, en la habitación de los zapatos, no tenía en absoluto otra finalidad que afrontar sus pensamientos de suicidio, ninguna otra, y su incapacidad para obedecer las órdenes de Steiner y adelantar en el violín, lo que quiere decir en el estudio del violín en cuanto tal, era evidente. Los pensamientos de suicidio, que lo ocuparon casi ininterrumpidamente en el internado y fuera del internado, y a los que, en esa época y en esa ciudad, no podía sustraerse por ningún medio ni en ninguna disposición de ánimo, estaban para él unidos en esa época, más que a cualquier otra cosa, a su violín y a su tocar el violín, y en aquella época se ponían siempre en marcha sólo *con pensar en tocar el violín* y luego, intensa mente, al sacar el violín de su caja y empezar a tocar el violín, como un mecanismo a cuya merced, con el tiempo, hubo de quedar por completo y que sólo se detuvo con la destrucción del violín. Más tarde, al recordar la habitación de los zapatos, pensó muy a menudo si no hubiera sido mejor poner fin a su existencia en esa habitación de los zapatos, liquidar con el suicidio todo su futuro, cualquiera que fuese su contenido, de haber tenido valor para ello, y no prolongar durante decenios esa existencia, en fin de cuentas y en todo caso totalmente problemática. Sin embargo, para una resolución así fue siempre demasiado débil, mientras que hubo tantos en el internado de la Schranngasse que se suicidaron, que tuvieron ese valor, curiosamente ninguno en la habitación de los zapatos que, sin embargo, era la ideal para suicidarse, todos se tiraron por las ventanas del dormitorio, o por las ventanas del retrete, o se colgaron de las duchas de los lavabos, él no tuvo *nunca la fuerza ni la decisión y la firmeza de carácter necesarias para suicidarse*. Realmente, en su época, ¡y cuántos antes y después!, en el internado de la Schranngasse, sólo en la época nacionalsocialista entre el otoño del cuarenta y tres (en que entró) y el otoño del cuarenta y cuatro (en que salió), cuatro internos se mataron, se tiraron por la ventana, se colgaron, y muchos otros colegiales de la ciudad, alejados del camino del colegio por la insostenible desesperación de sus mentes, se tiraron de las dos colinas de la ciudad, con preferencia desde el Mönchsberg directamente *a la asfaltada Müllner Hauptstrasse, la Calle de los Suicidios*, como llamaba yo siempre a esa calle horrible, porque, con mucha frecuencia, vi en ella cuerpos destrozados, de colegiales o no colegiales, pero sobre todo de colegiales, montones de carne con trajes de colores, según la estación del año. Todavía hoy, tres decenios más tarde, leo una y otra vez, con intervalos regulares, y más amontonadas en la primavera y el otoño, noticias de colegiales y otros suicidas, todos los años docenas aunque, como me consta, son centenares. Probablemente, en los internados, y sobre todo en los sometidos a las condiciones sádicas y climáticas más extremas, como el de la Schranngasse, el tema principal entre los que aprenden y estudian, entre los internos, no es otro que el tema del suicidio, cualquier cosa, pues, menos un objeto científico, ese objeto no surge del programa de estudios sino

del primer pensamiento, del que ocupa a todos con mayor intensidad, y el suicidio y el pensamiento del suicidio son siempre la materia más científica, pero eso es incomprensible para una sociedad de mentiras. El convivir con los otros internos fue siempre un convivir con el pensamiento del suicidio, en primer lugar con el pensamiento del suicidio y sólo en segundo lugar con lo que había que aprender o estudiar. Realmente, no sólo yo tuve que pasar la mayor parte del tiempo, durante toda mi época de aprendizaje y de estudios, ocupado en el pensamiento del suicidio, obligado a ello por una parte por el entorno brutal, despiadado y vil en todos sus conceptos, y por otra por mi sensibilidad y vulnerabilidad, sumamente grandes en cualquier joven. La época de aprender y estudiar es, principalmente, una época de pensar en el suicidio, y quien lo niega, lo ha olvidado todo. Con cuánta frecuencia, y de hecho cientos de veces, anduve por la ciudad pensando sólo en el suicidio, sólo en la extinción de mi existencia y en dónde y cómo (solo o acompañado) cometeré ese suicidio, pero esos pensamientos e intentos suscitados por todo lo que hay en esa ciudad me volvieron a llevar, una y otra vez, al internado, al calabozo del internado. El pensamiento del suicidio como único pensamiento ininterrumpidamente eficaz no lo teníamos sólo cada uno aisladamente, todos teníamos ese pensamiento ininterrumpido, y a unos los *mató en seguida* ese pensamiento y a otros nos dejó *sólo rotos* ese pensamiento y, de hecho, rotos para toda la vida; sobre el pensamiento del suicidio y sobre el suicidio se debatía y se discutía siempre y todos, sin excepción, *callábamos* ininterrumpidamente, y una y otra vez surgió entre nosotros un *auténtico suicida*, no cito sus nombres que en gran parte no sé ya, pero los vi a todos colgados o destrozados, como prueba de ese horror. Sé de muchos entierros en el cementerio comunal y en el cementerio de Maxglan, en los que a esos seres humanos que eran los internos, de trece o de catorce o de quince o de dieciséis años, muertos por su entorno, *se les echaba tierra encima, no se los enterraba*, porque en esa ciudad severamente católica a esos jóvenes suicidas, naturalmente, no se los enterraba sino que se les echaba sólo tierra encima en las condiciones más deprimentes y más desenmascaradoras del ser humano. Esos dos cementerios están llenos de pruebas de la exactitud de mi recuerdo, que nada, y doy gracias por ello, ha falsificado y que sólo puede ser aquí indicación. Veo a Grünkranz, silencioso en el lugar del enterramiento con sus botas de oficial, a los, así llamados, allegados del suicida, de pie con vergonzoso espanto y luto pomposo, a los compañeros de colegio, los únicos del lugar del enterramiento que sabían la verdad y el franco horror de la verdad, que observan el desarrollo de esos entierros bochornosos, oigo las palabras con que los, así llamados, deudos con patria potestad tratan de distanciarse del suicida, mientras lo dejan bajo tierra en su ataúd de madera. Un sacerdote, en una ciudad así, totalmente a la merced del embrutecimiento del Catolicismo y totalmente dominada por ese embrutecimiento católico, y que además, en aquella época, era por añadidura una ciudad nazi de pies a cabeza, no tiene nada que hacer en el entierro de un suicida. El otoño que se iba y la primavera que llegaba con fiebre y podredumbre reclamaban siempre sus víctimas, aquí más que en otras partes del mundo, y los más propensos al suicidio son los jóvenes, los jóvenes seres abandonados por sus progenitores y otros preceptores, que aprenden y estudian y, realmente, sólo meditan siempre en su propia extinción y su propia aniquilación, y para los que, sencillamente, todo es todavía verdad y realidad, y naufragan en esa verdad y realidad como en un solo horror. Cada uno de nosotros hubiera podido suicidarse, a unos se lo podíamos leer siempre antes con claridad en el rostro, a otros no, pero rara vez nos equivocábamos. Cuando alguno, de repente, en un estado de debilidad, no podía resistir más el peso terrible de su mundo interno y de su entorno, porque había perdido el equilibrio entre los dos pesos que lo oprimían continuamente, y entonces, de pronto, a partir de un momento determinado, todo lo que había en él interior y exteriormente apuntaba al suicidio, y su decisión de suicidarse se podía notar y, pronto, con aterradora claridad, leer en todo su ser, siempre estábamos preparados para aquel horror, como un hecho que no nos sorprendía, para el suicidio, consecuentemente consumado luego, de nuestro compañero de colegio y de infortunio, mientras que el Director, con sus ayudantes, jamás y ni siquiera en un solo caso fijó su atención en esa fase de *preparación para el suicidio* que, al fin y al cabo, se desarrolla y puede observarse siempre, también exteriormente, durante largo tiempo, y por ello, como es natural, se sentía siempre herido o pretendía sentirse herido por el suicidio del suicida, que era un interno, se mostraba cada vez consternado y, al mismo tiempo, engañado por aquel que; decía, no era más que un desgraciado y desvergonzado estafador, y era siempre despiadado en su reacción, que nos repugnaba a todos, ante el suicidio del interno, lanzando fría y de forma egoístamente nazi acusaciones contra un culpable que, como es natural, no era nunca culpable, porque el suicida no es culpable de nada, la culpa es de su entorno y aquí, por, lo tanto, del entorno nazi-católico del suicida, que había aplastado a aquel ser, empujado y obligado por él al suicidio, cualquiera que fuera la razón o cualesquiera que fueran los cientos y miles de razones para cometer o, mejor, *realizar* el suicidio, y en un internado o en un establecimiento de enseñanza cuya designación oficial era realmente *Hogar Escolar Nationalsocialista*, y precisamente en uno como el de la Schranngasse que, como es natural, tenía que seducir e inducir en todo al suicidio y, *en un porcentaje elevado, condujo realmente al suicidio* a cualquier persona de nervios sensibles, todo era, ininterrumpidamente, una razón para el suicidio.

Los hechos son siempre aterradores, y no debemos cubrirlos con nuestro miedo a esos hechos, bien alimentado y que, de forma morbosa, trabaja ininterrumpidamente en todos, falsificando así toda la Historia Natural como Historia humana y transmitiendo toda esa Historia como una Historia siempre falsificada por nosotros, porque es costumbre falsificar la Historia y transmitirla como Historia falsificada, cuando nos consta, sin embargo, que toda la Historia es una Historia falsificada que siempre se ha transmitido sólo como Historia falsificada. Que había entrado en el internado con el fin de ser destruido, efectivamente, aniquilado, y no para el cuidadoso desarrollo de su inteligencia y de su sensibilidad y de su afectividad, como le aseguraron y, luego, le hicieron creer una y otra vez, incansablemente y con la insistencia de los que tenían sobre él la patria potestad, en el fondo totalmente conscientes de esa mentira, la más desvergonzada y alevosa y criminal de todas las mentiras de los educadores, le resultó pronto evidente al, hasta entonces, alumno de buena fe y, sobre todo, no podía comprender a su abuelo, como persona con patria potestad sobre él (su tutor estaba en el ejército, en las, así llamadas, Fuerzas Armadas alemanas, y pasó toda la guerra en los, así llamados, Balcanes yugoslavos), hoy sé que mi abuelo no tenía otra opción que meterme en el internado de la Schranngasse y, por lo tanto, como preparación para el instituto, en la Andräschule, como escuela primaria, si no quería que yo quedase excluido de toda enseñanza secundaria y luego, como consecuencia, de toda enseñanza superior, pero pensar siquiera en huir hubiera sido absurdo, cuando la única posibilidad de huir era sólo el suicidio, y por eso muchos prefirieron tirar por la ventana o precipitar por alguna de las paredes rocosas del Mönchsberg su existencia brutalmente dominada por el totalitarismo nacionalsocialista (y por esa ciudad que, aunque no haya glorificado y hasta adorado en todo ese totalitarismo, lo ha fomentado siempre con insistencia, y que, para el joven ser desamparado, aun sin ese totalitarismo nacionalsocialista como influjo continuo en todas las cosas, sólo fue siempre una ciudad orientada nada más que a la descomposición y la destrucción y la muerte lenta) y, por ello, conmovida hasta el suicidio, es decir, prefirieron acabar rápida y más rápidamente y, en el sentido más auténtico y elemental de la expresión, *por la vía más rápida*, a dejarse destruir y aniquilar poco a poco por un plan de educación sádico-fascista-estatal como sistema de educación dominador del Estado, de acuerdo con las reglas del arte de educar a los hombres y, por tanto, de aniquilar a los hombres, entonces vigentes en la Gran Alemania, porque también el joven ser que se ha liberado y escapado de un establecimiento así, como era el internado, y no hablo de ningún otro en este punto, es, para el resto de su vida y para el resto de su siempre dudosa existencia, quienquiera que sea y sea de él lo que fuere, una *naturaleza* en cualquier caso mortalmente humillada y, al mismo tiempo, desesperada y, por ello, una *naturaleza desesperadamente perdida*, ha sido aniquilado como consecuencia de su estancia en ese calabozo educacional como detenido educacional, ya puede vivir decenios, en calidad de lo que sea y dondequiera que sea. Así, dos miedos dominaban sobre todo en esa época en el interno que yo era entonces, el miedo de todo y de todos en el internado, principalmente el miedo a Grünkranz, que aparecía y castigaba siempre inesperadamente y con toda su infamia y astucia militar, que era un oficial modelo y un oficial modelo de las SA y al que casi nunca vi de paisano sino siempre sólo con su uniforme de capitán o con su uniforme de las SA, a ese hombre que probablemente, como sé ahora, jamás pudo librarse de sus propias presiones y represiones sexuales y sádico-perversas en general, director de una coral de Salzburgo y nacionalsocialista de pies a cabeza, por una parte, y por otra parte a la guerra, que de repente no nos resultaba sólo presente y tangible por los periódicos y por los relatos de los parientes con permiso que eran soldados, como mi tutor, que estaba en los Balcanes, y mi tío, que estaba en Noruega y que ha quedado en mi recuerdo como el comunista e inventor genial que toda su vida fue, siempre como una inteligencia que me enfrentaba con pensamientos en todo caso extraordinarios y peligrosos y con ideas increíbles e igualmente peligrosas, y como un ser creador aunque también de carácter enfermizamente inestable, y en calidad de *pesadilla como relato* que se desarrollaba sólo muy lejos y dominaba toda Europa y devoraba a los hombres, sino que de repente nos resultaba presente a todos por las llamadas alarmas aéreas o antiaéreas, ahora ya casi cotidianas, dos miedos *entre los que y en los que* esa época del internado hubo de convertirse cada vez más en una época amenazadora para mi vida. Lo que había que estudiar había quedado relegado al segundo plano, por una parte por el miedo al nacionalsocialista Grünkranz, y por otra por el miedo a la guerra, en forma de cientos y miles de aviones atronadores y aterradores, que ensombrecían y oscurecían a diario el claro cielo, porque pronto no pasamos ya la mayor parte del tiempo en el colegio, en la Andräschule o en las salas de estudios y, por lo tanto, con el material de estudio, sino en las galerías de defensa antiaérea, que, como habíamos observado desde hacía meses, habían sido abiertas en las dos colinas de la ciudad, en condiciones inhumanas, por extranjeros obligados a trabajos forzados, principalmente rusos y franceses y polacos y checos, galerías gigantescas, de cientos de metros, a las que afluía la población de la ciudad, al principio sólo por curiosidad y sólo titubeando, pero luego, sin embargo, después de los primeros bombardeos también en Salzburgo, día tras día a millares, llena de miedo y de horror, en esas cavernas oscuras, en las que se desarrollaban ante nuestros ojos las escenas más horribles y, con mucha frecuencia, mortales, porque la ventilación de las galerías era insuficiente y, a menudo, me encontraba con docenas, poco a poco con

centenares de niños y mujeres y hombres desmayados en esas galerías oscuras y húmedas, en las que todavía hoy veo a los miles de seres humanos refugiados en ellas, estrechamente apretados y temerosamente de pie o acurrucados o echados. Las galerías de las colinas de la ciudad eran un lugar seguro contra las bombas, pero muchos se asfixiaron o murieron de miedo en esas galerías, y yo vi a muchos morir en las galerías y ser sacados cadáveres de esas galerías. A veces se desmayaban por hileras, inmediatamente después de entrar en la llamada galería de la Glockengasse, a la que íbamos siempre nosotros, todos los internos del internado, conducidos por guías expresamente designados para ello, estudiantes, compañeros de colegio mayores, juntamente con cientos y miles de alumnos de otros colegios, por la Wolfdietrichstrasse, pasando por delante de la Hexenturm y tomando la Linzergasse y la Glockengasse, se desmayaban por hileras inmediatamente ya después de entrar en la galería y, para salvarlos, había que sacarlos otra vez en seguida de la galería. Delante de las entradas de la galería aguardaban siempre varios autobuses grandes, provistos de camillas y mantas de lana, en los que se colocaba a los desmayados, pero la mayoría de las veces había más desmayados que los que cabían en esos autobuses, y los que no cabían en los autobuses eran dejados al aire libre, delante de las entradas de la galería, mientras se llevaba a los de los autobuses a la llamada Neutor, donde los autobuses, con los que yacían en ellos, con mucha frecuencia muertos también entretanto, permanecían hasta *el cese de la alarma*. Yo mismo me desmayé dos veces en la galería de la Glockengasse y fui sacado a uno de esos autobuses y, durante el estado de alarma, llevado a la Neutor, pero en ambas ocasiones me repuse rápidamente con el aire fresco de fuera de la galería, de forma que pude hacer también mis observaciones en los autobuses de la Neutor, ver cómo mujeres y niños desamparados despertaban poco a poco de su desmayo o, sencillamente, no despertaban ya de ese desmayo, y no se podía saber si los que no se despertaban habían muerto de asfixia o de miedo. Esos muertos de asfixia o de miedo fueron las primeras víctimas de los, así llamados, ataques aéreos o terroristas, antes de que cayera siquiera una sola bomba en Salzburgo. Hasta que eso ocurrió, a mediados de octubre de mil novecientos cuarenta y cuatro, un día totalmente claro de otoño, al mediodía, todavía murieron muchos de esa forma, fueron los primeros de muchos centenares o millares que murieron luego en los auténticos y, así llamados, ataques aéreos y ataques terroristas a Salzburgo. Por una parte, teníamos miedo de uno de esos *auténticos* ataques aéreos o con bombas o terroristas a nuestra ciudad, que hasta ese mediodía de octubre se había visto totalmente libre de ellos, por otra deseábamos realmente (los internos), todos en secreto, enfrentarnos con uno de esos ataques aéreos o con bombas o terroristas como *auténtica experiencia*, no habíamos tenido nunca la experiencia de uno de esos horribles sucesos, y la verdad es que, por curiosidad (púber) deseábamos que, después de los cientos de ciudades alemanas y austríacas que habían sido ya bombardeadas y, en gran parte, totalmente destruidas y aniquiladas ya, como sabíamos y no sólo no se nos escondía sino que, día tras día, por medio de todos los relatos personales posibles y de los periódicos, se nos imponía con todo el horror de lo auténtico, también nuestra ciudad fuera bombardeada, lo que luego, creo que fue un diecisiete de octubre, ocurrió. Como cientos de veces antes, fuimos ese día inmediatamente, en lugar de entrar en el colegio o de salir del colegio, por la Wolfdietrichstrasse a la galería de la Glockengasse, y allí, con la disposición para absorber y observar y, por lo tanto, también para sentir, que es siempre en un joven la mayor posible, nos dimos cuenta de lo que ocurría, que se desarrollaba ya de la forma acostumbrada y era sin duda alguna horroroso y aterrador, el miedo de las personas que estaban de pie o sentadas o echadas en la galería, más o menos afectadas, pero sin embargo, ininterrumpidamente, totalmente dominadas ya desde hacía tiempo, de forma consciente o inconsciente, por todo el espantoso acontecer de la guerra, principalmente los niños y los colegiales y las mujeres y los ancianos que, con mutuo desamparo y en el estado permanente de persistencia y vigilancia de la guerra, continuamente, como si eso fuera ya su único alimento, se observaban y se sospechaban, y que, nada más que apáticamente ya, lo seguían todo con sus ojos quebrados por el miedo y el hambre, aceptando con indiferencia en su mayor parte los adultos todo lo que ocurría y que, en medio de su total desamparo, se desarrollaba hasta el final. Como nosotros, se habían acostumbrado desde hacía tiempo a los que morían en las galerías, habían aceptado desde hacía tiempo la galería y, por lo tanto, el horror de las tinieblas de la galería en tanto que lugar al que había que ir, según la costumbre, día tras día, y también la humillación y destrucción ininterrumpidas de su ser. Ese día, en el momento en que, otras veces, se había producido siempre el, así llamado, cese de la alarma, oímos de repente un retumbar, percibimos un temblor de tierra extraordinario al que siguió un silencio completo en la galería. Las gentes se miraban, no decían nada, pero daban a entender con su silencio que lo que habíamos temido ya desde hacía meses se había producido ahora, y realmente, poco después de ese temblor de tierra y del silencio de un cuarto de hora que siguió, se corrió rápidamente el rumor de que habían caído bombas en la ciudad. Al cesar la alarma, las gentes, a diferencia de lo que había sido hasta entonces su costumbre, se precipitaron fuera de la galería, querían ver con sus propios ojos lo que había ocurrido. Sin embargo, cuando estuvimos al aire libre, no vimos nada distinto de otras veces, creímos que otra vez había sido un rumor el que la ciudad hubiera sido bombardeada, y dudamos en seguida del hecho e hicimos inmediatamente otra vez nuestro el

pensamiento de que aquella ciudad, a la que se califica de una de las más hermosas del mundo, no sería bombardeada, lo que, realmente, muchos creían en esa ciudad. El cielo era claro, gris azul, y no vimos ni oímos prueba alguna de un bombardeo. De pronto, sin embargo, se dijo que la ciudad vieja, es decir, la parte de la ciudad que está en la orilla opuesta del Salzach, había sido destruida, que *todo* había sido allí destruido. Nos habíamos imaginado un bombardeo de otro modo, hubiera tenido que temblar toda la tierra y demás, y bajamos corriendo por la Linzergasse. Ahora oíamos todas las señales y alarmas posibles de coches de bomberos y ambulancias y, después de pasar corriendo por detrás de la cervecería Gabler y de atravesar la Bergstrasse, llegando a la Markplatz, vimos de pronto los primeros indicios de la destrucción: las calles estaban llenas de cascotes de vidrio y pared, y el aire tenía ese olor peculiar de la guerra total. Un impacto de lleno había convertido la llamada Casa de Mozart en un montón de escombros humeantes y dañado gravemente, como vimos en seguida, los edificios de alrededor. Por horrible que fuera ese espectáculo, las gentes no se quedaron allí, sino que, esperando una devastación mucho mayor aún, siguieron corriendo hasta la ciudad vieja, donde se suponía que estaba el centro de la destrucción y en donde todos los ruidos posibles y olores hasta entonces desconocidos para nosotros indicaban una mayor desolación. Hasta atravesar el llamado Staatsbrücke no pude apreciar ninguna clase de cambios en la situación que conocía, pero en el mercado viejo, como se podía ver ya desde lejos, la conocida y apreciada tienda de confecciones para caballeros de Slama, un comercio en el que, cuando tenía dinero y oportunidad, compraba mi abuelo, había resultado duramente afectada, todos los escaparates del comercio, los cristales de las vitrinas y las prendas expuestas detrás, que aunque eran de calidad inferior, como correspondía a la época de guerra, resultaban sin embargo apetecibles, estaban hechos pedazos y jirones, y me sorprendió que las personas que había visto en el mercado viejo, haciendo caso apenas de la destrucción de las confecciones para caballeros Slama, corrieran en dirección de la Residenzplatz, y enseguida, cuando, con otros internos, doblé la esquina de Slama, supe *qué* era lo que hacía que aquellas personas no se quedaran allí sino que continuaran apresurándose: una de las, así llamadas, minas aéreas había alcanzado a la catedral, y la cúpula se había precipitado en la nave, y llegamos a la Residenzplatz en el momento exacto: una gigantesca nube de polvo flotaba sobre la catedral, que estaba horriblemente abierta, y donde había estado la cúpula había ahora un agujero del mismo tamaño y, ya desde la esquina de Slama, pudimos ver directamente las grandes pinturas, en parte brutalmente arrancadas, de las paredes de la cúpula: ahora se destacaban, iluminadas por el sol de la tarde, contra el claro cielo azul; parecía como si al gigantesco edificio, que dominaba la parte baja de la ciudad, le hubieran hecho en la espalda una herida espantosamente sangrante. Toda la plaza, bajo la catedral, estaba llena de cascotes, y la gente, que había acudido como nosotros de todas partes, contemplaba asombrada aquel cuadro ejemplar, sin duda alguna monstruosamente fascinante, que para mí era una monstruosidad como *belleza* y no me producía ningún terror, de repente me *enfrentaba* con la absoluta brutalidad de la guerra, y al mismo tiempo me *fascinaba* esa monstruosidad, y me quedé contemplando durante unos minutos, sin decir palabra, aquel cuadro que todavía tenía el movimiento de la destrucción, y que formaban para mí la plaza con la catedral poco antes alcanzada y la cúpula salvajemente abierta, como algo poderoso e incomprensible. Entonces fuimos a donde iban todos los otros, a la Kaigasse, allí enfrente, que había quedado destruida casi por completo por las bombas. Durante largo tiempo estuvimos, condenados a la inactividad, de pie ante los gigantes montones de escombros humeantes, entre los cuales, según se decía, muchas personas, probablemente ya muertas, habían quedado sepultadas. Mirábamos los montones de escombros y a los que buscaban desesperadamente seres humanos en esos montones de escombros, y en ese instante vi todo el desamparo de los que de pronto penetran sin transición en la guerra, al hombre completamente sometido y humillado que, de súbito, cobra conciencia de su desamparo y su falta de sentido. Poco a poco llegaban cada vez más equipos de salvamento, y de pronto nos acordamos del reglamento de nuestra institución y dimos la vuelta, pero sin embargo no fuimos a la Schranngasse sino a la Gstättingasse, en la que se anunciaban estragos tan importantes como los de la Kaigasse. En la Gstättingasse, en la viejísima casa situada a la izquierda del ascensor del Mönchsberg, que en aquella época pertenecía aún a unos parientes míos los cuales, sin duda alguna, habían estado en casa en el momento del ataque, vi que, a partir de la casa de mis parientes, casi todos los edificios habían sido totalmente aniquilados, y pronto tuve la certeza de que mis parientes, un sastre que reinaba sobre veintidós máquinas de coser y sus víctimas, y su familia vivían. En el camino de la Gstättingasse, en la acera, delante de la capilla del Bürgerspital, pisé un objeto blando y, al mirar ese objeto, creí que se trataba de una mano de muñeca, y también mis compañeros de colegio creyeron que se trataba de una mano de muñeca, pero era una mano de niño arrancada a un niño. Sólo al mirar aquella mano de niño dejó de ser súbitamente ese primer bombardeo de mi ciudad por aviones americanos un *hecho sensacional*, que sumió en un estado febril al muchacho que yo era, para convertirse en una *atroz intervención de la violencia* y en una catástrofe. Y cuando luego, éramos varios, aterrados por ese hallazgo ante la capilla del Bürgerspital, atravesando el Staatsbrücke y en contra de toda sensatez, no volvimos al internado sino que fuimos a la estación y entramos en la Fanny von Lehnertstrasse, donde 'habían

caído bombas en el edificio del Konsum matando a muchos empleados del Konsum, y cuando, detrás de la verja de hierro del espacio verde del, así llamado, Konsum, vimos muertos en hileras, cubiertos con sábanas, cuyos pies descansaban desnudos sobre la hierba polvorienta, y por primera vez vimos llegar camiones que transportaban a la Fanny von Lehnertstrasse gigantescas pilas de ataúdes de madera, se nos pasó instantánea y definitivamente la fascinación de aquel hecho sensacional. No he olvidado hasta hoy los muertos cubiertos con sábanas echados en la hierba del jardín delantero del edificio del Konsum y, si me acerco hoy a las inmediaciones de la estación, veo esos muertos y oigo las voces desesperadas de los familiares de esos muertos, y el olor de la carne animal y humana quemada de la Fanny von Lehnertstrasse está hoy también, una y otra vez, en ese cuadro horrible. El suceso de la Fanny von Lehnertstrasse fue un suceso decisivo y que me marcó para toda la vida, como experiencia. La calle se sigue llamando aún hoy Fanny von Lehnertstrasse, y el Konsum, reconstruido, se alza en el mismo lugar, pero nadie sabe hoy, cuando pregunto a la gente que vive y (o) trabaja allí, nada de lo que vi en otro tiempo en la Fanny von Lehnertstrasse, el tiempo hace olvidadizo a sus testigos. Las gentes se encontraban en aquella época en un estado de miedo continuo, y casi ininterrumpidamente había en el aire aviones americanos y el ir a las galerías se había convertido para todos los de la ciudad en costumbre, muchos no se desnudaban ya por la noche, para poder coger en seguida, en caso de alarma, la maleta o la bolsa con las cosas más necesarias e ir a las galerías, pero otros muchos, en la ciudad, se contentaban con bajar a los sótanos de sus propias casas, porque creían estar ya seguros allí, pero los sótanos de las casas, si caían bombas en ellos, se convertían en tumbas. Pronto hubo más alarmas de día que de noche, porque los americanos se podían mover sin obstáculos en el aire, al parecer totalmente abandonado por los alemanes, en pleno día, los enjambres de bombarderos seguían sobre la ciudad su rumbo hacia los objetivos alemanes, y a finales del cuarenta y cuatro *sólo rara vez de noche* se oía en el aire el estruendo y el zumbido de los llamados bombarderos enemigos. Pero también en esa época seguía habiendo alarmas antiaéreas nocturnas, y entonces saltábamos de la cama y nos vestíamos e íbamos por las callejuelas y calles totalmente oscurecidas, de acuerdo con las normas, a las galerías, que estaban siempre llenas ya por los habitantes de la ciudad cuando llegábamos, porque muchos habían entrado en las galerías ya al atardecer, antes incluso de que sonara la alarma, con toda su familia, habían preferido pasar directamente la noche en las galerías a tener que esperar la alarma, despertarse sobresaltados por el aullido de las sirenas y ser empujados por las calles hasta las galerías, en vista de los muchos muertos, también en Salzburgo, después del primer ataque, afluían a millares a las galerías, a aquella roca negra reluciente de humedad y, realmente, siempre también peligrosa para la vida, porque provocaba muchas enfermedades mortales. Muchos encontraron la muerte *en esas galerías que, en cualquier caso, enfermaban*. Pienso que una vez me desperté sobresaltado de noche por el aullido de las sirenas y que, sin pensar, corrí a los servicios en medio de los otros, y volví de los servicios al dormitorio y me acosté, durmiéndome otra vez en seguida. Poco tiempo después me despertó un golpe en la cabeza, Grünkranz me había golpeado en la cabeza con su linterna, me levanté de un salto y, temblando con todo el cuerpo, me quedé de pie ante él. Entonces vi, al resplandor de su linterna, una de las, así llamadas, linternas tubulares que tenía Grünkranz, que todas las camas del dormitorio estaban vacías, en ese instante me acordé de que, efectivamente, había sonado la alarma y todos se habían ido a las galerías, pero yo, en cambio, en lugar de vestirme como los otros, había ido a los servicios y, volviendo de los servicios y buscando a tientas mi cama en el dormitorio totalmente silencioso y oscuro, porque creía que todos dormían en el dormitorio y porque había olvidado la alarma, me había acostado otra vez en la cama y me había dormido en seguida, solo en el gigantesco dormitorio, mientras que los otros hacía tiempo que estaban en las galerías, pero Grünkranz, sin embargo, en calidad de, así llamado, vigilante de defensa pasiva, me había descubierto en su ronda y, sencillamente, me había despertado con un golpe de su linterna tubular en la cabeza. Me dio una bofetada y me ordenó que me vistiera, y ya *se inventaría*, me dijo, algún castigo para mi falta (el castigo fue probablemente dos días sin desayuno), antes de ordenarme que bajara al refugio antiaéreo de la propia casa, donde no había nadie más que su mujer, la señora Grünkranz, con la que yo tenía confianza, la mujer de Grünkranz se sentaba en un rincón del sótano y se me permitió sentarme junto a ella, y la presencia de aquella mujer maternal y que, cuando podía, me protegía siempre, me tranquilizó. Le conté que yo, como todos los demás alumnos, me había levantado pero, en lugar de vestirme e ir con ellos a las galerías, había ido a los servicios y luego, al volver al dormitorio, me había olvidado de la alarma y me había acostado otra vez, y que eso había irritado al señor Director, su marido. No le dije que su marido me había golpeado con la linterna tubular en la cabeza para despertarme sino sólo que me esperaba un castigo. Durante aquella noche no cayeron bombas. El reglamento del internado quedó totalmente tras, tornado, porque había alarmas una y otra vez, y cualquiera que fuese la actividad, se interrumpía inmediatamente en caso de alarma y todos iban a las galerías, mientras se oía aún el aullido de las sirenas, la corriente humana se dirigía a las galerías, y ante las entradas se desarrollaban siempre espantosas escenas de violencia, las gentes se empujaban para entrar con toda su brutalidad congénita y no contenida ya, lo mismo que para salir, y muy a menudo los débiles eran sencillamente

pisoteados. En las galerías mismas, en las que la mayoría tenían ya sus lugares por derecho hereditario, siempre estaban los mismos juntos, las gentes habían formado grupos, y esos cientos de grupos se acurrucaban durante horas en el suelo de piedra y, a veces, cuando faltaba el aire y, por filas, 'se iban desmayando, todos empezaban a gritar, y luego, con frecuencia, había otra vez tanto silencio que se creía que esos miles de las galerías estuvieran ya muertos. Se colocaba a los desmayados sobre largas mesas de madera ya dispuestas antes de sacarlos de las galerías, y todavía recuerdo los muchos cuerpos de mujer, totalmente desnudos, sobre esas mesas, a los que daban fricciones las enfermeras y los enfermeros, y a los que también muy a menudo, bajo su dirección, dábamos fricciones nosotros, para mantenerlos con vida. Toda esa famélica y pálida sociedad de muerte de las galerías se hacía de día en día y de noche en noche más espectral. Acurrucada en las galerías en una oscuridad nada más que llena de miedo y vacía de esperanza, esa sociedad de muerte seguía hablando de la muerte y de nada más, todos hablaban siempre con gran insistencia, aquí en las galerías, de todos los horrores de la guerra conocidos o vividos y de miles de mensajes de muerte de todas direcciones y de toda Alemania y Europa, mientras estaban aquí, en las galerías, se difundían sin inhibiciones por la oscuridad que aquí reinaba el hundimiento de Alemania y la actualidad que, cada vez más, se convertía en la mayor de las catástrofes mundiales, y las gentes sólo cesaban de hablar cuando estaban totalmente agotadas. Muy a menudo, todos los de las galerías caían en un estado de agotamiento horrible, que lo sofocaba todo en ellos, y en gran parte yacían dormidos contra las paredes, en largas hileras de bultos, cubiertos con sus prendas de vestir y, a menudo, sin impresionarse ya en absoluto por el estado de agonía, audible y visible aquí y allá, de sus semejantes. Nosotros, los internos, pasábamos en aquella época la mayor parte del tiempo en las galerías, en aprender y mucho menos en estudiar no se pudo pronto ya ni pensar, pero penosa y morbosamente se mantenía el funcionamiento del internado, aunque, por ejemplo, no volviéramos muy a menudo de las galerías al internado hasta las cinco de la mañana, nos levantábamos ya e íbamos a los lavabos, según las normas, a las seis, y a las seis y media en punto estábamos en la sala de estudios, sin embargo, en medio de un agotamiento total, no se podía pensar ya en estudiar en la sala de estudios, y con mucha frecuencia el desayuno no era más que otra nueva salida hacia las galerías, y de esa forma, a menudo, durante días, no llegábamos a ir al colegio ni a dar una sola clase. Así, me veo en esa época casi nada más que yendo por la Wolfdietrichstrasse a las galerías y saliendo de las galerías y volviendo por la Wolfdietrichstrasse al internado, siempre en manada, y las comidas, que cada vez se realizaban a horas más irregulares y que además empeoraban de día en día, eran sólo un compás de espera entre las reiteradas visitas a las galerías. Pronto no se llegaron a dar casi en absoluto más clases en la Andräschule, porque el colegio se cerraba ya con la llamada *alarma previa*, y se nos decía a los colegiales que dejásemos el colegio y fuésemos a las galerías, y todos los días, hacia las nueve, había ya alarma previa, y la clase de las ocho no consistía siempre más que en esperar la alarma previa de las nueve, y ningún profesor se ponía a dar ya una auténtica clase, todos esperaban sólo a que sonase la alarma previa y se fuera a las galerías, las carteras del colegio no se abrían ya, y yacían sólo, al alcance de la mano, sobre los pupitres, y los profesores pasaban el tiempo entre ocho y nueve, hasta la alarma previa, comentando las informaciones de los periódicos o con informaciones sobre fallecimientos, o describiendo la destrucción de muchas ciudades alemanas célebres, y así, en lo que a mí se refiere, daba siempre, sin embargo, clase de inglés y de violín, porque en el tiempo comprendido entre las dos y las cuatro no había alarma la mayoría de las veces. Steiner, mi profesor de violín, seguía dándome clase sin preocuparse, en el tercer piso de su casa, y la profesora de inglés nada más que en la oscura sala de la planta baja de la pensión de la Linzergasse. Un día, probablemente después del segundo bombardeo de la ciudad, la pensión de la Linzergasse, en la que la señora de Hannover me daba clase, se convirtió en un montón de escombros, yo no tenía ni idea de la destrucción total de la pensión y fui como siempre a mi clase particular, y de pronto, ante el montón de escombros, alguien, que yo no conocía pero que evidentemente me conocía a mí, me dijo que bajo el montón de escombros estaban todos los habitantes de la pensión, y también mi profesora de inglés. De pie ante el montón de escombros, oía por una parte lo que me hablaba el desconocido, y pensaba al mismo tiempo en mi profesora de inglés de Hannover ahora muerta que, al fin y al cabo, después de haber quedado en Hannover totalmente *sin hogar por los bombardeos* (así se designaba a las personas que, en un ataque aéreo o antiaéreo o de los, así llamados, terroristas, lo habían perdido todo), había huido a Salzburgo, para estar aquí segura de las bombas, y que aquí no sólo lo había perdido todo *otra vez* sino que había resultado muerta ella misma. Hay un cine en el lugar donde en otro tiempo hubo una fonda en la que la señora de Hannover me daba clases de inglés, y nadie sabe de qué hablo cuando hablo de ello, lo mismo que todos, al parecer, han perdido la memoria en lo que se refiere a las muchas casas destruidas y personas muertas de entonces, lo han olvidado todo o no quieren saber ya nada de ello cuando se les dirige la palabra al respecto, y si hoy voy a esa ciudad, sigo hablando sin embargo a la gente, una y otra vez, de aquella época horrible, pero reaccionan sacudiendo la cabeza. En mí mismo, esas horribles experiencias siguen estando tan presentes como si hubiesen ocurrido ayer, ruidos y olores están inmediatamente ahí cuando llego a esa ciudad que ha borrado su recuerdo, al parecer, hablo, cuando

hablo con personas que realmente son viejos habitantes de esa ciudad y que han tenido que presenciar lo mismo que yo, con los más irritables, los más ignorantes, los más olvidadizos, es como si hablase con una única *ignoración* hiriente y, de hecho, hiriente para el espíritu. Cuando estaba de pie delante de la pensión totalmente destruida y, por lo tanto, delante del montón de ruinas, y la profesora de inglés de Hannover, de repente, no era más que un recuerdo, ni siquiera lloré, aunque tenía ganas de llorar, y todavía sé que, dándome cuenta de pronto de que tenía en la mano un sobre en el que estaba el dinero que tenía que pagar mi abuelo a la profesora de inglés por sus esfuerzos para enseñarme inglés, reflexioné sobre si no debería decir en casa que *le había dado el dinero antes de su horrible muerte* a la profesora de inglés, la señora de Hannover; no lo sé, no puedo decir *cómo* actué, probablemente dije en casa que le había pagado a la señora las clases antes de su muerte. Así, de repente, no tuve ya clases de inglés, nada más que clases de violín. Durante las lecciones de violín miraba, siguiendo las instrucciones de un severo y nervioso profesor, por una parte, pues, recibiendo y ejecutando las órdenes de Steiner, y por otra pensando en todo y no sólo en lo que se refería a la lección de violín, y por ello, lógicamente, sin hacer progresos en la clase de violín, al cementerio de San Sebastián que tenía a mis pies, al hermoso mausoleo, con su cúpula, del arzobispo Wolfsdietrich, a los sepulcros que eran *monumentos* sepulcrales y criptas, los cuales, con el tiempo, se habían abierto ya otra vez a medias y de los que salía un horrible frío que me atemorizaba, y a las arcadas del cementerio con los nombres de ciudadanos de Salzburgo, entre los que había muchos nombres de parientes míos. Siempre me había gustado ir a los cementerios, eso me venía de mi abuela por parte de madre, que había sido una apasionada visitadora de cementerios y, sobre todo, de depósitos de cadáveres y capillas ardientes, y que, muy a menudo, ya de pequeño, me llevaba con ella a los cementerios para enseñarme los muertos, los que fueran, sin parentesco alguno con ella, pero sin embargo expuestos siempre en los cementerios, siempre la fascinaron los muertos, los muertos expuestos, y siempre intentó transmitirme esa *fascinación que era una pasión*, sin embargo, al levantar a mi persona hacia los muertos expuestos sólo me había aterrorizado siempre, todavía hoy veo con mucha frecuencia cómo me llevaba a los depósitos de cadáveres y me levantaba hacia los muertos expuestos y cómo me sostenía en alto tanto tiempo como podía aguantar, una y otra vez sus *lo ves, lo ves, lo ves*, y cómo me sostenía hasta que yo lloraba, y entonces me dejaba en el suelo y miraba ella todavía largo rato los muertos expuestos, antes de que saliéramos otra vez del lugar de las capillas ardientes. Varias veces por semana, mi abuela me llevaba con ella a los cementerios y los depósitos de cadáveres, y visitaba regularmente los cementerios, primero visitaba conmigo los sepulcros de los parientes, inspeccionando luego, durante largo tiempo, todos los demás sepulcros y criptas y, probablemente, no se le escapaba ningún sepulcro, lo sabía todo sobre los sepulcros, qué aspecto tenían todos los sepulcros, en qué estado se encontraban, y todos los nombres que había sobre esos sepulcros y criptas le eran siempre familiares, de forma que tenía tema de conversación inagotable en cualquier compañía. Y, probablemente, mi propia fascinación confesadamente siempre grande por los cementerios y en los cementerios me venía de mi abuela, que no me enseñó más que a visitar cementerios y a contemplar y mirar los sepulcros, y a contemplar y observar intensamente los muertos expuestos.

Ella tenía sus, así llamados, cementerios favoritos y eran todos cementerios que conoció en su vida y siempre, una y otra vez, visitaba cementerios que marcaron las etapas de su vida en Merano y en Munich, en Basilea y en Ilmeanau de Turingia, en Spira y en Viena y en Salzburgo, su ciudad natal, donde su cementerio favorito no era el de San Pedro, que a menudo se califica de cementerio más hermoso del mundo, sino el cementerio comunal, en el que están enterrados la mayoría de mis parientes y de mis compañeros ya muertos. Para mí, sin embargo, el cementerio de San Sebastián fue siempre el más siniestro y, por ello, el más fascinante, y muy a menudo pasé horas en el cementerio de San Sebastián, solo y meditando maníacamente en la muerte. Durante las lecciones de violín, mirando abajo, al cementerio de San Sebastián, pensaba siempre, si por lo menos Steiner me dejase en paz podría estar ahí totalmente solo, ir de una tumba a otra, como he aprendido de mi abuela, pensando en los muertos y en la muerte y observando la naturaleza que hay entre las tumbas y sobre las tumbas, y en cómo anunciaba y cambiaba aquí las estaciones, en total apartamiento, aquel cementerio estaba abandonado y los antiguos propietarios de las tumbas no se cuidaban ya de su propiedad; a menudo me sentaba en una lápida caída para, apartado por una o dos horas del internado, poder tranquilizarme. Steiner me enseñó primero en el, así llamado, violín de tres cuartos y luego en el, así llamado, normal, durante sus lecciones teóricas y prácticas tocaba ante mí cada uno de los pasajes del Sevcik utilizado para la enseñanza básica, y luego tenía que tocarlos yo, una y otra vez el Sevcik pero, sin embargo, poco a poco, también sonatas clásicas y otras piezas, y en instantes muy determinados pero siempre imprevistos, me golpeaba con su arco en los dedos para castigarme, con intervalos que se adaptaban a él, a su ser totalmente sometido al ritmo por el tiempo y con el tiempo, porque casi siempre estaba furioso por mi distracción, por mi resistencia y casi enfermiza repugnancia ya a *aprender* el violín, porque si, por una parte, yo tenía el mayor deseo de tocar el violín, el mayor deseo de hacer música, porque la música era para mí, en fin de cuentas, lo más hermoso que había en el mundo, odiaba todo tipo de teoría y de proceso de aprendizaje y, por lo tanto, el adelantar en el estudio del violín mediante la continua y atenta observancia de las reglas de ese estudio, yo tocaba, siguiendo mis propios sentimientos, las cosas más virtuosas pero era incapaz de tocar sin errores, siguiendo una partitura, las cosas más simples, lo que, como es natural, tenía que hacer que se irritara conmigo mi profesor Steiner, y siempre me maravillaba que continuase conmigo la lección y no la interrumpiera, sencillamente, en cualquier momento, mandándome a casa ignominiosamente con mi violín. La música que yo producía con mi violín era, para el profano, de lo más extraordinario, y para mis oídos de lo más logrado y excitante, aunque fuera también una música totalmente inventada que no tenía lo más mínimo que ver con las matemáticas de la música, sino sólo con mi, así decía Steiner una y otra vez, *oído sumamente musical*, y era expresión de mi *sentimiento sumamente musical*, como le decía también siempre Steiner a mi abuelo, que sufragaba esas clases de violín, expresión de mi *talento sumamente musical*, pero esa música de violín, tocada por mí sólo para mi propia satisfacción, no era en el fondo más que una música que *servía de fondo*, diletantemente, a mis melancolías y que, como es natural, me impedía adelantar en mi estudio del violín, que hubiera debido ser un estudio ordenado, para decirlo en pocas palabras, yo dominaba virtuosamente el violín, pero no podía tocar en él jamás correctamente una partitura, lo que, con el tiempo, no sólo tenía que contrariar a Steiner sino que encolerizarlo incluso. El nivel de mi talento musical era, sin duda alguna, el más alto, pero también lo era igualmente el nivel de mi falta de disciplina y el nivel de mi llamada distracción. Las clases de violín con Steiner no eran más que una falta de esperanzas, cada vez más intensa, en sus esfuerzos. Precisamente en el cambio entre las clases de violín y las de inglés, dos medios de disciplina totalmente opuestos, tenía yo, con independencia de que esos dos medios me permitían, con intervalos regulares, salir del internado de forma totalmente correcta, en el cambio entre la señora que me enseñaba inglés en la Linzergasse, que siempre me tranquilizaba y me enseñaba de la forma más cuidadosa y que fue para mí en cualquier caso una persona amable, que sigue creciendo en mi estimación, y el Steiner, que todavía me atormenta y deprime, de la Wolfdietrichstrasse, o sea, entre las lecciones de inglés dos veces por semana y las lecciones de violín dos veces por semana, un contrapeso que me resarcía de la continua tortura de castigos y ofensas de la Schrammngasse, y después de la pérdida de la señora de Hannover y de las clases de inglés, perdí totalmente mi equilibrio, porque las clases de violín de la Wolfdietrichstrasse, por sí solas, sin las clases de inglés de la Linzergasse, no eran ningún contrapeso ni ninguna compensación para todo lo que el internado significaba para mí y que ya he indicado, esas lecciones de violín solas sólo reforzaban lo que tenía que soportar en el internado. La falta de esperanzas de enseñarme el arte de tocar el violín, y sin embargo había sido sin duda deseo de mi abuelo hacer de mí un artista, el que yo fuera *un ser artístico*, ese hecho, lo había inducido necesariamente al propósito de hacer *de mí un artista* y, con todo su amor por el nieto que también, durante toda su vida, estuvo unido a él sólo por el amor, lo intentó todo para hacer de mí un artista, de aquel ser artístico un artista, un artista musical o un pintor, porque también más tarde, después de la época de mi internado en Salzburgo, me envió a un pintor para que aprendiera a pintar, y una y otra vez le hablaba también al muchacho y al adolescente sólo de los grandes artistas y de Mozart y Rembrandt y de Beethoven y Leonardo y de Bruckner y Delacroix,

siempre hablaba conmigo de todos los grandes que él admiraba, y con insistencia, una y otra vez, ya de niño, me había llamado la atención sobre *lo Grande* y señalado lo Grande e intentado señalarme lo Grande, la falta de esperanzas, sin embargo, de enseñarme el arte de tocar el violín era más evidente de clase de violín en clase de violín, por mi abuelo, a quien quería, yo hubiera querido adelantar en el violín, lograr algo en el arte del violín, pero la voluntad de complacer a mi abuelo, de satisfacer su deseo de convertirme en un *artista* del violín, no bastaba por sí sola, en cada lección de violín yo fracasaba de la forma más lamentable, y Steiner reaccionaba siempre calificando de *crimen* mi fracaso, una persona *de una disposición musical tan sumamente alta* como yo cometía en realidad, con el *crimen de la distracción*, el mayor de los crímenes, decía una y otra vez, lo que también a mí me resultaba evidente y horrible, los dineros que pagaba mi abuelo por mis lecciones de violín eran, decía, dineros tirados por la ventana, mi abuelo sin embargo le resultaba, así decía Steiner, una persona tan simpática que no podía decirle a la cara que tenía que renunciar a la esperanza de hacer de mí algo con el violín, y probablemente Steiner pensaba también que, en aquella época caótica del fin inminente de la guerra, al fin y al cabo todo daba realmente igual y aquella historia conmigo también, lógicamente, totalmente igual. Sin embargo seguí yendo deprimido, muy a menudo, pasando por delante de la Hexenturm, a la Wolfdietrichstrasse y volviendo de ella, y el violín fue también, al fin y al cabo, *mi instrumento de melancolía más precioso*, que, como ya he indicado, me facilitaba el acceso a la habitación de los zapatos y a todas las condiciones y situaciones ya indicadas de la habitación de los zapatos. Aunque tenía muchos parientes en la ciudad, en cuya casa, de niño, con mi abuela sobre todo, viniendo del campo a la ciudad, había estado de visita, en muchas de aquellas viejas casas de ambas orillas del Salzach, y puedo decir que estaba emparentado con cientos de ciudadanos de Salzburgo y que todavía hoy estoy emparentado, jamás tuve el menor deseo de visitar a esos parientes, instintivamente no creía en la utilidad de esas visitas a parientes, y de qué hubiera servido contarles a esos parientes, que, *como hoy veo y no sólo siento instintivamente* como entonces, están totalmente encerrados en la industria que, día tras día, elabora su embrutecimiento, contarles a esos parientes mis penas, hubiera tropezado nada más con una incomprensión total, lo mismo que también hoy, si fuera a verlos, tropezaría sólo con su incomprensión. El muchacho, que de la mano de su abuela había visitado en otro tiempo sucesivamente a todos esos parientes, en parte muy acaudalados, en todas las ocasiones familiares posibles, había conocido a fondo enseguida probablemente, por completo, a esas personas, y reaccionado con mucho acierto, y no los visitó nunca más, verdad es que estaban allí, tras sus muros, en todas aquellas viejas callejuelas y en todas aquellas viejas plazas, y que vivían una vida muy lucrativa y, por consiguiente, muy acomodada, pero no los visitó, hubiera preferido perecer antes que visitarlos, desde el principio mismo le fueron siempre sólo antipáticos y le han seguido siendo antipáticos durante decenios, concentrados sólo en sus bienes y pensando sólo en su reputación, y completamente absorbidos por el embrutecimiento católico o nacionalsocialista, tampoco hubieran tenido nada que decir al muchacho del internado, por no hablar de ayudar al que buscase en ellos ayuda, al contrario, si hubiera ido a ellos, aunque fuera en la disposición más horrible, sólo hubiera sido ofendido por ellos y totalmente aniquilado por ellos. Los habitantes de esa ciudad son fríos de pies a cabeza, y su pan nuestro de cada día es la vileza y el cálculo abyecto su especial característica, que en esas personas no tropezaría más que con una incomprensión total en sus miedos y cientos de desesperaciones le resultó evidente, y por eso no los visitó jamás. Y de su abuelo tenía sólo también, como es natural, una horrible descripción de esos parientes. Y así yo, que tenía en aquella ciudad más parientes que todos los demás del internado, porque la mayoría no tenían absolutamente ningún pariente en Salzburgo, era al mismo tiempo el más abandonado de todos. Ni una sola vez, ni siquiera en el mayor apuro, entré en una de esas casas de mis parientes, una y otra vez *pasé por delante, sí, pero jamás entré*. Demasiadas experiencias que lo habían ofendido había tenido ya con los salzburgueses y, sobre todo, con los emparentados con nosotros mi abuelo, como para que me fuera posible a mí entrar en casa de esos parientes, hubiera habido muchas razones para entrar, pero sin embargo siempre había, en último extremo, esa única razón para *no* entrar, para no entablar relaciones con esas personas, sencillamente no podía permitírmelo cuando tanta incomprensión y tanta inhumanidad había habido en cada uno de aquellos parientes, congelados y muertos lentamente por aquella ciudad y su atmósfera congeladora y mortal. Ya mi abuelo había sido profundamente engañado y desengañado por aquellos parientes salzburgueses suyos, en todas y cada una de las cosas sólo lo habían estafado, precipitándolo en la más profunda desgracia, cuando había creído poder dirigirse a ellos buscando ayuda, en lugar de encontrar en ellos, en la época de su propia falta de salidas como estudiante y también más tarde, en calidad de fracasado en el extranjero que había vuelto a su patria y, que como tengo que decir hoy, había caído muy bajo en su patria y su patria chica, en las condiciones más horribles y lamentables, no fue más que definitivamente difamado y, en el fondo, aniquilado por esos, sus propios parientes y por los salzburgueses en general. La historia de su muerte tuvo también, además, una culminación triste y al mismo tiempo ridícula, pero característica de esa ciudad y sus dirigentes y sus habitantes : durante diez días estuvo mi abuelo expuesto en el cementerio de Maxglan, pero el párroco de Maxglan denegó su inhumación porque

mi abuelo no estaba *casada por la Iglesia*, la mujer que dejaba, mi abuela, y su hijo hicieron todo lo *humanamente posible* para conseguir su inhumación en el cementerio de Maxglan, que era el que correspondía a mi abuelo, pero no se permitió su inhumación en el cementerio de Maxglan, en el que mi abuelo había deseado ser inhumado. Y tampoco ningún otro cementerio, salvo el cementerio comunal que mi abuelo, sin embargo, aborrecía, aceptó a mi abuelo, ninguno de los cementerios católicos de la ciudad, porque mi abuela y su hijo fueron a todos los cementerios y pidieron permiso para que mi abuelo pudiera ser aceptado e inhumado en alguno de esos cementerios, pero mi abuelo no fue aceptado ni por uno solo de esos cementerios, *porque no estaba casado por la Iglesia*. ¡Y eso en 1949! Sólo cuando mi tío, su hijo, fue a ver al arzobispo y le dijo que le dejaría a él, el arzobispo, delante de las puertas del palacio, el cadáver de su padre, mi abuelo, ya en avanzado estado de descomposición, porque no lo aceptaban en ningún cementerio católico de la ciudad y porque la verdad era que no sabía adónde ir con el cadáver de su padre, dio el arzobispo permiso para inhumar a mi abuelo en el cementerio de Maxglan. Yo no participé en ese entierro, que probablemente fue uno de los entierros más tristes de esa ciudad en general y que, como me consta, se desarrolló con todos los detalles penosos imaginables, porque, enfermo de una grave enfermedad pulmonar, yo estaba en cama en el hospital. Hoy es la tumba de mi abuelo un, así llamado, monumento funerario. Esa ciudad ha rechazado a todos aquellos cuyo entendimiento no podía entender ya, y jamás, en ninguna circunstancia, los ha vuelto a aceptar, como me consta por experiencia, y por esas razones, compuestas por centenares de experiencias tristes y viles y espantosas y realmente mortales, me ha resultado siempre una ciudad cada vez más insoportable y hasta hoy, en el fondo, me ha seguido siendo insoportable, y cualquier otra afirmación sería falsa y mentira y calumnia, y estas notas tienen que ser anotadas ahora y no más adelante, y de hecho en este instante en el que tengo la posibilidad de ponerme sin reservas en la situación de mi infancia y juventud y, sobre todo, de mi época de aprendizaje y estudios en Salzburgo, con la incorruptibilidad y sincero sentido del deber necesarios para esa descripción como indicación, hay que aprovechar este instante para decir lo que debe ser dicho, lo que debe ser indicado, para hacer justicia a la verdad de entonces, a la verdad y realidad, al menos como indicación, porque con demasiada facilidad llega de repente el tiempo nada más que del embellecimiento y la atenuación inadmisibles, y esa ciudad de Salzburgo, de mi aprendizaje y mis estudios, lo fue todo para mí, todo salvo una ciudad hermosa, salvo una ciudad soportable, salvo una ciudad a la que hoy tenga que perdonar, falsificándola. Esa ciudad fue siempre para mí sólo una ciudad que me atormentó, y que, sencillamente, no permitió al niño y al adolescente que entonces fui la alegría y la felicidad y la seguridad, jamás fue lo que siempre se afirma de ella, por razones comerciales o simplemente por falta de responsabilidad, un lugar en el que un joven se encuentra bien y se desarrolla bien, incluso tiene que ser alegre y feliz, los instantes de alegría y felicidad que he vivido en esa ciudad pueden contarse con los dedos, y los he pagado muy caros. Y no fue sólo esa época desgraciada con su guerra y con sus devastaciones en la superficie y en los seres que existían en esa superficie, con su mentalidad orientada sólo al envilecimiento de la Naturaleza y del Hombre, no sólo la circunstancia de la caída y el oscurecimiento total de Alemania y de toda Europa, que todavía hoy me hace clasificar esa época como la más sombría y, en todos los aspectos, la más torturadora, y no sólo la predisposición, especialmente grande en ese ensombrecimiento de los tiempos y de los hombres y de la Naturaleza en general, la predisposición de mi propia naturaleza, siempre sensible de forma fatal a todas las condiciones de la Naturaleza y, en el fondo, totalmente a la merced siempre de esas y otras condiciones de la Naturaleza, fue (y es) el espíritu no sólo para mí mortal de esa ciudad, de ese *suelo de muerte* no sólo para mí mortal. La belleza de ese lugar y de ese paisaje, de la que habla todo el mundo, y de hecho continuamente y siempre sólo de la forma más irreflexiva y en un tono realmente inadmisibles, *es precisamente ese elemento mortal en ese suelo de muerte*, aquí, los seres que están ligados a esa ciudad y a ese paisaje por nacimiento o de otra forma radical e inocente y están encadenados a ella con la fuerza de la Naturaleza se ven continuamente aplastados por esa belleza mundialmente famosa. Una belleza mundialmente famosa así, unida a un clima hostil al hombre así, resulta mortal. Y precisamente aquí, en ese suelo de muerte que me es congénito, me encuentro en casa, y más en casa en esa ciudad (mortal) y en esa región (mortal) que otros, y cuando hoy voy por esa ciudad y creo que esa ciudad nada tiene que ver conmigo, porque no quiero tener nada que ver con ella, porque desde hace ya tiempo no quiero tener nada que ver con ella, sin embargo todo lo que hay en mi interior (y en mi exterior) viene *de ella*, y yo y la ciudad somos una relación perpetua, inseparable, aunque también horrible. Porque realmente todo lo que hay en mí se refiere y se remonta a esa ciudad y a ese paisaje, ya puedo hacer y pensar lo que quiera, y cada vez tengo conciencia más viva de ese hecho, un día tendré una conciencia tan viva de él que, por ese hecho como conciencia, pereceré. Porque todo lo que hay en mí está a la merced de esa ciudad que es mi origen. Pero lo que hoy puedo soportar sin más y pasar por alto sin más no podía soportarlo ni pasarlo por alto en esos años de aprendizaje y de estudios, y hablo de ese estado de torpeza y desamparo total *del muchacho* que son la torpeza y el desamparo total de todo ser humano en esa edad sin protección. Mi ánimo en aquella época, sencillamente, casi pereció, y ese *oscurecimiento de mi ánimo y ensombrecimiento de mi ánimo, como*

destrucción de mi ánimo, no fue percibido por nadie, *ni por una sola persona*, el que *se trataba de un estado enfermizo, como enfermedad mortal*, contra el que y contra la que no se hizo nada. El estar a la merced de otros en el internado y en el colegio y, sobre todo (bajo la opresión) de Grünkranz y sus ayudantes, por una parte, y las circunstancias de la guerra, así como la hostilidad hacia mis parientes, basada en su enemistad, por otra, el hecho de que aquel joven no tuviera absolutamente en ningún lugar de aquella ciudad un punto de apoyo lo hacían cada vez más desgraciado, y su única esperanza fue pronto nada más que la esperanza de que cerraran el internado, de lo que se había hablado ya tras el segundo bombardeo, pero sólo se produjo mucho después, tras el cuarto o el quinto bombardeos. A mí me recogió mi abuela después del tercer bombardeo y me llevó otra vez al campo, a casa de mis abuelos, habían podido ver con sus propios ojos ese bombardeo, el más duro de todos los bombardeos de la ciudad, desde la segura distancia de treinta y seis kilómetros de su casa de Ettendorf, junto a Traunstein, y oído hablar de sus desoladores efectos. En ese bombardeo fue totalmente destruida la viejísima Schranne, un mercado medieval de grandes bóvedas, situado directamente frente al internado, y en el instante de su destrucción yo no estaba en una de las galerías sino en el sótano del internado, por la razón que fuera, el único interno con Grünkranz y su mujer. El que, después de ese ataque, saliéramos otra vez vivos del sótano y llegáramos a la superficie tuvo que parecer *un milagro*, porque en los edificios de alrededor hubo muchos muertos. La ciudad, después de ese ataque, estaba en una agitación total. El polvo de la destrucción flotaba todavía en el aire cuando comprobé que mi armario, que estaba en el pasillo del primer piso, había sido destruido y que el violín que guardaba en ese armario tenía arrancado el mástil. Me acuerdo de que, con plena conciencia del horror de aquel ataque, sentí alegría sin embargo por la aniquilación de mi violín, porque, lógicamente, significaba el fin de mi carrera con ese instrumento amado y, al mismo tiempo, profundamente aborrecido. Nunca más en mi vida, porque además, durante mucho tiempo, no fue posible conseguir ningún violín, he vuelto a tocar el violín. El tiempo comprendido entre el primero y ese tercer bombardeo fue, sin duda alguna, *el más funesto* para mí. Todavía nos despertaba sobresaltados de nuestro sueño la voz de mando de Grünkranz, que abría de golpe la puerta del dormitorio, y saltábamos de la cama, y hoy se me aparece de vez en cuando ese hombre, siempre en la puerta, el hombre nacionalsocialista de pie con sus lustrosas botas de las SA, apoyándose con toda su fuerza en la jamba de la puerta y gritando al dormitorio *sus ¡buenos días!* Pasando por la puerta todavía obstruida a medias por Grünkranz, veo a los internos precipitarse a los lavabos, donde, cada uno a su modo, como animales, se precipitaban a las barras de grifos, los más brutales dominaban siempre, como no había sitio para todos los internos frente al lavabo de siete u ocho metros de largo, parecido a un comedero, los más fuertes eran los primeros y los débiles los últimos, los fuertes apartaban siempre a los débiles, y así, apartando y empujando a los débiles, los fuertes, siempre los mismos, ocupaban su sitio frente a la larga barra de grifos y bajo las duchas, y se podían lavar tanto tiempo y cepillar los dientes tanto tiempo como quisieran, a diferencia de los débiles que, como sólo estaba previsto un cuarto de hora para ese proceso de aseo, en su mayoría no se podían lavar ni cepillarse los dientes jamás debidamente, yo no era de los fuertes y, por ello, estaba siempre en desventaja. Todavía nos obligaban a ir a la sala de día para escuchar las noticias, y teníamos que oír de pie los comunicados especiales de los teatros de operaciones de guerra, todavía estábamos obligados a ponernos los domingos el uniforme de las Juventudes Hitlerianas y a cantar el himno de las Juventudes Hitlerianas.

No se trataba ya de lecciones, era un sentarse allí con miedo en las aulas, un aguardar, esperar la alarma y lo que seguía a la alarma, precipitarse fuera del aula, formar todos en los pasillos, en el patio del colegio, marchar y andar por la Wolfdietrichstrasse, subiendo hasta la Glockengasse y entrando en las galerías. Todavía nos enfrentábamos efectivamente en las galerías con la miseria de los que buscaban refugio en esas galerías y que, muy a menudo, no encontraban más que su muerte repentina, con niños que gritaban, mujeres que lanzaban gritos histéricos y ancianos que lloraban solos. Todavía tenía yo clases de violín, todavía estaba expuesto a la dictadura de Steiner, mi profesor de violín, y a sus juicios aniquiladores contra mí, y había que recorrer los deprimentes caminos hasta Steiner y desde Steiner por la Wolfdietrichstrasse. Todavía tenía que leer en libros que no quería leer, escribir todavía en cuadernos lo que no quería escribir y asimilar conocimientos que me fueron siempre antipáticos. Todavía éramos sacados de la cama por la noche, muy a menudo no por la alarma sino ya por la llegada de los primeros enjambres de bombarderos, éramos sorprendidos en pleno día por las formaciones de bombarderos, cuyo retumbar coincidía con la alarma, lo que apuntaba a un caos total en la transmisión de noticias. Los periódicos estaban llenos de los cuadros de horror de la guerra, y la llamada guerra total se acercaba cada vez más, efectivamente, se podía sentir ahora ya también en Salzburgo, y la idea de que la ciudad no sería bombardeada se había apagado. Y de nuestros padres y tíos, como soldados, no oíamos nada bueno, muchos de nosotros perdimos en esa época del internado a nuestro padre o a nuestro tío, los partes de caídos se acumulaban. Yo mismo, durante mucho tiempo, no supe nada de mi tutor, el marido de mi madre, que estaba en Yugoslavia, de mi tío, el hermano de mi madre, que durante toda la guerra estuvo en filas en Noruega, el correo no funcionaba ya, y lo que traía era siempre triste o incluso aterrador, y en muchos casos, en nuestra proximidad más próxima, una noticia de muerte. Todavía oíamos sin embargo, detrás de muchos muros de la ciudad, entonar himnos nazis, y nosotros mismos seguíamos entonando, en la sala de día, himnos nazis que, como antiguo director de coro, dirigía Grünkranz con breves movimientos angulosos de sus largos brazos semiencogidos. Cada dos meses, yo iba a pasar un fin de semana con mis abuelos, y allí me informaba sobre los verdaderos acontecimientos de la guerra que acababa, por la tarde y por la noche, mi abuelo escuchaba siempre tras las cortinas cerradas, como recuerdo, emisiones de noticias extranjeras en la radio, sobre todo suizas, y yo me sentaba a su lado muy a menudo, durante esas emisiones, y observaba, aunque no comprendiese nada de lo transmitido, el efecto que esas noticias tenían en mi abuelo, como oyente atento. Esas emisiones de noticias prohibidas pero escuchadas en secreto por mi abuelo, que no quedaron ocultas al vecino de mis abuelos, le reportaron a mi abuelo, por una denuncia de ese vecino, un confinamiento en un antiguo monasterio, convertido en campo de concentración, de las proximidades de su domicilio, controlado por las, así llamadas, SS. Todavía tenía que encontrarme en la sala de estudios, un cuarto de hora ya después de levantarme, a fin de prepararme para las clases de la Andräschule, aunque ninguno de nosotros sabía para *qué* tenía que prepararse, porque la verdad era que no había ya clases en el verdadero sentido de la palabra. Todavía sentía yo un miedo creciente de Grünkranz, quien, dondequiera que me encontrase, me abofeteaba sin motivo, pronunciando mi nombre, aparecía, pronunciaba mi nombre y me abofeteaba, como si ese acontecimiento, es decir la aparición súbita, desde su punto de vista, de mi persona, dondequiera que ocurriese, fuese motivo lógico para abofetearme. Durante toda la época del internado no pasó semana en la que no recibiera varias veces una bofetada de Grünkranz, pero sobre todo me abofeteaba cuando yo, al amanecer, llegaba tarde a la sala de estudios, y siempre llegaba tarde a la sala de estudios porque, por la brutalidad de los más fuertes en el dormitorio y en los lavabos y otra vez en el dormitorio y en los pasillos, me veía una y otra vez apartado. Y lo que me pasaba a mí les pasaba también a otros, débiles o bastante débiles, que no podían defenderse y eran día tras día víctimas de los fuertes, aunque, con frecuencia, sólo un poco más fuertes, para Grünkranz, esos alumnos débiles y más débiles y, por esa debilidad, casi siempre poco puntuales, eran siempre bienvenidos para sus bofetadas, usaba y abusaba de ese *material humano* (Grünkranz) débil, o incluso sólo debilitado, en sus estados sádicomorbosos. Todavía estaba la ciudad repleta de refugiados, y día tras día llegaban a cientos, cuando no a miles, los frentes se iban reduciendo, cada vez se mezclaban más las tropas con la población civil y se convivía en la máxima tensión, la atmósfera era, como podíamos darnos cuenta también nosotros, una atmósfera explosiva, todo daba la impresión de una guerra perdida, de la que mi abuelo había hablado hacía ya tiempo, pero en el internado, naturalmente, no se hablaba de esa guerra perdida, al contrario. Grünkranz seguía comunicándonos, aunque ahora ya desesperado, un ambiente de victoria, pero incluso en el internado no le creía ya nadie. A mí su mujer me había dado siempre pena, porque probablemente había sufrido siempre bajo aquel hombre, pero ahora, realmente, él no era, de forma totalmente abierta, más que una naturaleza malvada, bajo la que tenía que sufrir, sobre todo, su mujer. Un puente provisional de madera sustituía al viejo Staatsbrücke, desde hacía tiempo demolido, recuerdo, y en esa obra, la mayor de la ciudad, veo todavía hoy a los prisioneros de guerra rusos, como trabajadores forzados, con unos trajes respunteados de color gris sucio, colgados de los pilares del puente, famélicos y obligados a trabajar por ingenieros de obras públicas y capataces despiadados; muchos de esos rusos, al parecer, cayeron al perder las fuerzas al Salzach y fueron

arrastrados. La ciudad daba de repente una impresión de desmoralización, de pronto era también una de aquellas ciudades alemanas a merced de los ataques aéreos, que perdían muy rápidamente su fisonomía, volviéndose cada vez más feas en unas semanas o meses del otoño del cuarenta y cuatro, así, no quedaban más que algunos cristales de ventana intactos en toda ella, muchas hileras de casas no tenían ya absolutamente ninguna ventana, sólo paneles de cartón y de chapa de madera, y los escaparates estaban totalmente vacíos. Todo era nada más que *provisional*. Sin embargo, la fealdad y la degradación, que progresaban rápidamente en esa ciudad no sólo desfigurada por los bombardeos y sus consecuencias sino también transformada por los, al fin y al cabo, millares de fugitivos que caían sobre ella en una ciudad caótica de pies a cabeza, le daban de pronto rasgos humanos, y por eso pude amar realmente con fervor, y amé con fervor, a esa ciudad mía, sólo en esa época, ni antes ni después. Ahora, en la mayor tribulación, esa ciudad era de pronto lo que antes jamás fue: una naturaleza viva, aunque también desesperada, como organismo urbano, el museo de belleza muerto y mentiroso que había sido siempre hasta ese momento de su mayor desesperación se llenó de humanidad, su embrutecimiento petrificado como cuerpo muerto era de repente soportable en su desesperación y falta de esperanza supremas, y yo la amaba así. Las gentes, en ese momento, vivían en esa ciudad nada más que de un anuncio de distribución de víveres en otro, y no pensaban en nada más que en sobrevivir, el cómo les resultaba ya indiferente. No tenían ya pretensiones, todos los habían dejado en la estacada, y tenían ese aspecto. El que el fin de la guerra no era más que cuestión del plazo más breve les resultaba evidente a todos, aunque todavía fueran los menos los que lo reconocían. En esa época me vi enfrentado en la ciudad con cientos de los llamados inválidos de guerra, mutilados en los campos de batalla, y tuve conciencia de toda la estupidez y abyección de la guerra y de la miseria de sus víctimas. En todo aquel caos que la ciudad era entonces, seguía teniendo, sin embargo, mis clases de violín, y los jueves por la tarde, en el campo de deportes, teníamos que someternos, uniformados, a las vejaciones de Grünkranz en la pista de cenizas o en la hierba. Sólo una cosa en mí, y eso, naturalmente, durante el plazo más breve, le había hecho impresión: el que yo, en las competiciones deportivas que se celebraban todos los años, fuera *imbatible* en las carreras de cincuenta y de cien y de quinientos y de mil metros y, por ello, dos veces, sobre un podio construido y levantado expresamente para esa ceremonia de entrega de recompensas a los vencedores, en el campo de deportes de Gnigl, fuera distinguido con tantas insignias de victoria como competiciones había ganado, y ganase siempre en todas las disciplinas de carreras a pie. Pero mis victorias en las carreras eran para Grünkranz más bien *un tormento*. Mis victorias en las carreras tenía que agradecerélas yo, sencillamente, a mis largas piernas y a mi miedo a perder, siempre ilimitado durante la carrera. Nunca me causó placer practicar ninguna clase de deporte, la verdad es que siempre he odiado el deporte y sigo odiando el deporte todavía hoy. Siempre se ha atribuido al deporte, en todas las épocas y, sobre todo, por todos los gobiernos, por sus buenas razones, la mayor importancia, el deporte divierte y ofusca y atonta a las masas, y sobre todo las dictaduras saben por qué están siempre y en cualquier caso en favor del deporte. Quien está a favor del deporte tiene a las masas de su lado, quien está a favor de la cultura, las tiene en contra, decía mi abuelo, y por eso todos los gobiernos están siempre a favor del deporte y en contra de la cultura. Como toda dictadura, también la nacionalsocialista se hizo poderosa y casi dominó al mundo por el deporte de masas. En todos los Estados las masas han sido conducidas con andadores, en todas las épocas, por medio del deporte, no puede haber un Estado tan pequeño ni tan insignificante que no lo sacrifique *todo* por el deporte. Pero qué grotesco era, sin embargo, ir al campo de deportes de Gnigl para competir allí por insignias de vencedor, pasando por delante de centenares de heridos graves de guerra, en su mayoría casi totalmente mutilados, que eran descargados literalmente en la estación central como una mercancía engorrosa y defectuosamente embalada. Lo que se refiere a los hombres es siempre grotesco, y la guerra y sus condiciones y situaciones son de lo más grotesco. También en Salzburgo, el gigantesco cartel del vestíbulo de entrada de la estación, *Las Ruedas deben rodar para la Victoria*, quedó hecho un montón de ruinas. Sencillamente, se desplomó un día sobre las cabezas de los cientos de muertos que había en la estación. El tercer bombardeo de la ciudad fue el más terrible, por qué no estaba yo entonces en las galerías sino en el sótano de la Schranngasse, no lo sé ya, puede ser que, durante la alarma, estuviera en la habitación de los zapatos, practicando el violín, entregado a mis fantasías, sueños y pensamientos de suicidio, y muy a menudo no podía oír las sirenas en la habitación de los zapatos, porque tocaba muy intensamente el violín y fantaseaba y soñaba muy intensamente y estaba ocupado con mis pensamientos de suicidio, en la habitación de los zapatos no penetraba nada, como si estuviera herméticamente cerrada para mí y mis fantasías y sueños y pensamientos de suicidio, de repente estuve con los dos Grünkranz que, probablemente igual que yo, se habían precipitado con increíble velocidad al sótano de la casa y, por la violencia de las detonaciones y todo el horror de las consecuencias de esas detonaciones, minas aéreas y bombas que caían y estallaban al lado mismo del internado, y nos lanzaban contra las paredes, me sustraje al principio, por una vez, al castigo de Grünkranz, provocado por mi negligencia y falta de disciplina, probablemente su propio miedo a ser aniquilado era en esos instantes mayor que su idea de castigarme, pero mientras yo, apretado contra la pared, la mujer de Grünkranz me había

cogido protectoramente en sus brazos, con auténtico miedo a la muerte quería sobrevivir, esperaba sin embargo sólo que Grünkranz cobrase otra vez conciencia de que tenía que castigarme por el hecho de no haber oído la alarma, de haber hecho caso omiso de la alarma y no haber ido a las galerías, y el castigo tendría que ser elemental, ejemplar. Grünkranz, sin embargo, no me castigó más, ni nunca, por ese crimen contra la ley de defensa antiaérea. Cuando salimos del sótano y llegamos a la superficie, no vimos al principio absolutamente nada, porque no podíamos abrir los ojos en medio del polvo de los muros y del polvo del azufre, y cuando los pudimos abrir nos quedamos horrorizados por los efectos de aquel ataque : la Schranne había quedado partida en cuatro grandes pedazos, el gran edificio, de unos cien o ciento veinte metros de largo, parecía haber sido cortado de arriba abajo de un tajo, como un gigantesco vientre abierto, las bóvedas se habían separado o desplomado, y la iglesia de San Andrés que estaba detrás parecía poco a poco, cuando el polvo se levantó primero y descendió y se depositó luego, totalmente mutilada, pero lo de esa iglesia no era de lamentar, porque siempre había desfigurado la ciudad, e instantáneamente todos tuvieron la misma idea, que la iglesia de San Andrés hubiera debido quedar totalmente destruida, pero la iglesia de San Andrés no fue totalmente destruida y, realmente, fue reconstruida después de la guerra, lo que fue uno de los mayores errores, la Schranne en cambio, ese monstruo de edificio medieval, fue arrasada. En la *Schrannenwirt*, una taberna situada a cuatro casas del internado, unos cien parroquianos, al parecer, como al fin y al cabo era un día tan claro y hermoso, habían subido al tejado, movidos por la curiosidad, para observar el espectáculo, en cualquier caso siempre monstruosamente fascinante, de las formaciones de bombarderos que brillaban y centelleaban muy alto en los aires, y todos esos curiosos resultaron muertos. Esos muertos de la *Schrannenwirt* no fueron nunca rescatados sino, como también muchos otros de la ciudad, simplemente metidos dentro y debajo de los escombros, profundamente, y allanados con esos escombros. Hoy se alza allí una vivienda, y nadie conoce la historia cuando pregunto. Los estragos en mi propia casa, en el internado, fueron sin duda grandes, pero no una razón para cerrar el internado, enseguida fueron todos allí, para limpiar el polvo y los cascotes de la Schranne proyectados dentro a través de las ventanas, y en poco tiempo fueron otra vez transitables y habitables las habitaciones. Varios armarios, entre ellos el mío, resultaron duramente afectados, mi violín quedó aniquilado, y una gran parte de mis ropas, que al fin y al cabo sólo se componían de algunas prendas, quedaron hechas jirones. Apenas dos o, todo lo más, tres horas después de ese ataque que, lo que sin embargo, por haber sido yo mismo afectado, no pude ver, causó grandes daños en toda la ciudad y se cobró muchos centenares de muertos, apareció de pronto mi abuela, y recogimos algunos trastos míos todavía utilizables y nos despedimos, y pronto estuvimos también ya en casa, con mis abuelos, en Ettendorf. El tren funcionaba aún, y por eso fui, de hecho no ya al internado pero sin embargo, diariamente, en tren de Traunstein a Salzburgo, durante semanas, durante meses, hasta poco antes de terminar el año. Esos viajes se me han quedado en la memoria con todos sus detalles, la mayoría de las veces no me llevaban al colegio, porque ya al llegar a la estación central, que en esa época había quedado abierta por las bombas por los cuatro costados, me encontraba con el hecho de que hacía tiempo que había sonado la alarma antiaérea y, sin rodeos, me iba enseguida a las galerías, y la estancia en las galerías, daba igual que entretanto hubiera ataque o no, duraba siempre tanto que hubiera sido inútil ir siquiera al colegio. Entonces, simplemente, al salir de las galerías, daba un rodeo por la ciudad, en la que de día en día había nuevos estragos que descubrir y contemplar con asombro, pronto toda la ciudad, sin excluir la parte vieja, estuvo llena de ruinas, y pronto pareció como si hubiera más viviendas y edificios públicos totalmente derruidos o duramente afectados que de los otros, durante horas, con mi cartera del colegio y totalmente sometido a la fascinación de la, así llamada, guerra total, que de repente se había aclimatado en la ciudad, recorría la ciudad de un lado a otro, me sentaba en cualquier parte sobre un montón de escombros o en el reborde de un muro, desde donde podía echar una buena ojeada a los estragos y a las gentes que no podían ya hacer frente a esos estragos, directamente a la desesperación humana y a la humillación humana y a la aniquilación humana. Para toda mi vida, aprendí y supe por experiencia en esa época, en que observé la miseria humana, también en esa ciudad, lo que nadie sabe o quiere saber, de lo más horrible y de lo más lamentable, lo horribles que son la vida y la existencia en general, y lo poco que valen, que nada valen en absoluto en tiempo de guerra. Cobré conciencia de la monstruosidad de la guerra, como crimen elemental. Durante meses hice esos viajes en tren al colegio, que casi nunca me llevaban ya al colegio sino siempre sólo a una estación finalmente casi desfigurada y destruida en su totalidad por las bombas, en la que murieron cientos, si no miles de hombres, y a muchos muertos los vi en la estación inmediatamente después de los ataques cuando, porque el tren no podía entrar ya en la estación, junto con un compañero de colegio de Freilassing que viajaba siempre en mi tren, entraba a pie en la estación, entre gigantescos embudos de bomba. Nuestra vista para distinguir los muertos se había agudizado en esa época. A menudo andábamos sin ser molestados en absoluto por los terrenos de la estación, que pronto fue sólo un solo campo de ruinas, y observábamos a los ferroviarios que buscaban y excavaban para sacar a los muertos, y que colocaban sus hallazgos en las escasas superficies planas que aún quedaban, una vez vi filas enteras de cadáveres puestos unos al lado de otros donde

hoy están los servicios de los andenes. La ciudad no era ahora más que gris y espectral, y los camiones y los coches movidos por gasógeno, con sus calderas soldadas en la parte trasera, no transportaban, así parecía, más que ataúdes. En los últimos tiempos, antes de que cerrasen todos los colegios, sólo rara vez llegaba siquiera con el tren a Salzburgo, la mayoría de las veces el tren se detenía ya antes de Freilassing y la gente saltaba del tren y buscaba cobijo en los bosques, a derecha e izquierda del tren. Cazabombarderos ingleses de doble fuselaje tomaban el tren como blanco, el tableteo de los cañones de a bordo lo tengo aún hoy en los oídos exactamente igual que entonces, volaban las ramas, y entre los agachados contra el suelo del bosque reinaban el miedo y el silencio, pero un miedo y un silencio convertidos hacía tiempo en costumbre. Acurrucado así en el húmedo suelo del bosque, con la cabeza encogida, pero sin embargo buscando con la vista curiosamente los aviones enemigos, me comía la manzana y el pan negro que me habían metido mi abuela o mi madre en la cartera del colegio. Cuando los aviones se habían ido, la gente corría otra vez al tren y se subía, y el tren andaba un trecho, pero no iba ya hasta Salzburgo, porque las vías de Salzburgo habían quedado destruidas hacía tiempo. Pero muy a menudo el tren no podía continuar en absoluto, porque la locomotora había sido incendiada y destruida y el maquinista muerto por las ametralladoras de los aviones ingleses. Aunque la mayoría de las veces no eran atacados los trenes que iban a Salzburgo sino los que se dirigían a Munich. Preferentemente utilizaba para volver a casa, mientras funcionaron, los llamados trenes de soldados con permiso del frente, trenes rápidos de carteles blancos con una barra azul diagonal sobre los vagones, lo que no estaba permitido pero se había convertido hacía tiempo en costumbre de todos los colegiales. En esos trenes sólo se podía entrar y salir por las ventanas, tan abarrotados estaban, y la mayor parte del tiempo yo viajaba entre Salzburgo y Traunstein entre los coches y, por lo tanto, sólo en los llamados fuelles de unión de los vagones enganchados, encajado entre soldados y refugiados, y hacía falta el mayor esfuerzo para entrar en el tren en Salzburgo y para *salir* otra vez en Traunstein. Esos trenes eran atacados desde el aire casi un día sí y otro no. Los ingleses, en sus llamados *Lightnings*, disparaban contra la locomotora matando al maquinista y se iban otra vez. Las máquinas ardían, y los maquinistas muertos eran llevados siempre a la caseta de guardabarrera más próxima y depositados allí, pude ver a muchos en las casetas de los guardabarreras, por la ventana del sótano, con el cráneo atravesado o la cabeza totalmente destrozada, todavía los veo, con sus uniformes de ferroviario azul oscuro y su cabeza de ferroviario hecha trizas, tras la ventana del sótano. El trato con los muertos se convirtió en un trato cotidiano. A finales del otoño se cerraron los colegios, también el internado fue abandonado, como supe, y mis viajes a Salzburgo, que terminaban siempre antes de Freilassing, se interrumpieron. Pero yo no estuve mucho tiempo sin ocupación, alternando entre casa de mi madre en Traunstein y casa de mis abuelos en el cercano Ettendorf, sólo unos días, y luego empecé a trabajar con un jardinero de Traunstein, la casa *Schlecht und Weininger*. Ese trabajo me produjo en seguida la mayor alegría, duró hasta la primavera, para ser exacto hasta el dieciocho de abril, y durante ese tiempo aprendí a conocer y amar la jardinería con todas sus posibilidades e imposibilidades, ese dieciocho de abril cayeron miles de bombas en la pequeña ciudad de Traunstein y el barrio de la estación quedó totalmente destruido en el espacio de unos minutos. La empresa de jardinería *Schlecht und Weininger*, situada detrás de la estación, no fue más que una colección de gigantescos embudos de bomba, y el edificio de la explotación de la empresa resultó gravemente dañado e inutilizable. Cientos de muertos fueron depositados en la Bahnhofstrasse y llevados en ataúdes de madera blanca fabricados como se pudo al cementerio del bosque, en el que, como en su mayor parte no eran ya identificables, se les echó tierra encima en una fosa común. Esa pequeña ciudad a orillas del Traun tuvo que experimentar, sólo unos días antes del fin de la guerra, uno de los bombardeos más horribles y sin sentido en general. Una vez más aún fui de Traunstein a Salzburgo, probablemente para recoger algunas prendas de ropa olvidadas, me veo andando con mi abuela por la ciudad atrocemente maltratada y poblada nada más que por seres trastornados y famélicos, llamando con mi abuela en casas de parientes y, como todavía estaban vivos, visitando a esos parientes. El internado estaba cerrado y, entretanto, una tercera parte del edificio había quedado destruida, la mitad del dormitorio, en el que viví las condiciones y los sueños más horribles de mi vida, había sido arrancada por la explosión de una bomba y estrellada contra el patio. De la suerte de Grünkranz y de su mujer no he podido saber nada más, y tampoco he oído hablar nada ni nunca más de mis compañeros de colegio.

El Tío Franz

Somos procreados, pero no educados, con todo su embrutecimiento, nuestros procreadores, después de habernos procreado, actúan contra nosotros, con toda la torpeza destructora del ser humano, y lo arruinan todo, ya en los tres primeros años de su vida, en ese nuevo ser, del que no saben nada, sólo, si es que lo saben, que lo han hecho aturdida e irresponsablemente, y no saben que, con ello, han cometido el mayor de los crímenes. Con una *ignorancia* y una *vileza* completas, nuestros progenitores, y por tanto nuestros padres, nos han echado al mundo y, una vez que estamos ahí, no pueden con nosotros, todos sus intentos de poder con nosotros fracasan, pronto renuncian, pero siempre demasiado tarde, siempre sólo en el instante en que hace tiempo que nos han destruido, porque en los tres primeros años de vida, los años de vida decisivos, de los que, sin embargo, nuestros progenitores como padres no saben nada, no quieren saber nada, no pueden saber nada, porque durante siglos se ha hecho siempre todo en favor de esa espantosa ignorancia, nuestros progenitores, con esa ignorancia, nos han destruido y aniquilado y destruido y aniquilado siempre para toda la vida, y la verdad es que, en el mundo, nos encontramos siempre con seres destruidos y aniquilados, y destruidos y aniquilados para toda la vida, en sus primeros años, por sus progenitores como padres ignorantes y viles y faltos de ilustración. El nuevo ser humano sólo es siempre parido por su madre como un animal, y es tratado siempre como un animal por esa madre y llevado a su perdición, sólo encontramos animales paridos por sus madres, no seres humanos, que ya en los primeros meses y sólo en los primeros años han sido destruidos y aniquilados ya por esas madres suyas con toda su ignorancia animal, pero a esas madres no les corresponde ninguna culpa, porque nunca han sido ilustradas, los intereses de la sociedad son distintos de la ilustración y la sociedad no piensa en absoluto en ilustrar, y los gobiernos están siempre y en todo caso y en todo país y forma de Estado interesados en que su sociedad no sea ilustrada, porque si ilustrasen a su sociedad serían aniquilados ya en poco tiempo por esa sociedad ilustrada por ellos, durante siglos no se ha ilustrado a la sociedad, y vendrán muchos siglos CL que la sociedad no será ilustrada, porque la ilustración de la sociedad significaría la aniquilación de los gobiernos, y así nos encontramos con progenitores no ilustrados de niños no ilustrados en toda su vida, que seguirán siendo siempre seres no ilustrados y condenados, durante toda su vida, a una ignorancia completa. Cualesquiera que sean los medios y métodos educativos con que se eduque a los nuevos seres, serán *educados para su perdición* con toda la ignorancia y la vileza y la irresponsabilidad de sus educadores, que sólo son siempre *así llamados educadores* y sólo pueden ser siempre así llamados educadores, ya en los primeros días de su vida y en las primeras semanas de su vida y en los primeros meses de su vida y en los primeros años de su vida, porque todo lo que el nuevo ser recibe y percibe en esos primeros días y semanas y meses y años lo es luego para toda su vida futura y, como sabemos, cada una de esas vidas que se viven, cada una de esas existencias que se existen es siempre *sólo* una vida turbada o una existencia turbada, una vida perturbada o una existencia perturbada y una vida aniquilada o una existencia aniquilada, turbadas y perturbadas y aniquiladas. No hay padres en absoluto, *sólo* hay criminales como procreadores de nuevos seres, que actúan contra esos seres procreados por ellos, con toda su insensatez y embrutecimiento, y en esa criminalidad son apoyados por los gobiernos, que no están interesados en *un ser humano ilustrado y, por tanto, realmente concorde con su época*, porque, como es natural, ese ser es contrario a sus fines, y por eso millones y millares de millones de débiles mentales producen una y otra vez y probablemente producirán todavía durante decenas de años y, posiblemente, durante centenas de años, una y otra vez, millones y millares de millones de débiles mentales. El nuevo ser es convertido en sus tres primeros años, por sus procreadores o sus representantes, en lo que tendrá que ser durante toda su vida y no podrá cambiar por ningún medio: en *una naturaleza desgraciada como ser humano totalmente desgraciado*, tanto si esa naturaleza desgraciada como ser humano desgraciado lo reconoce como si no, tiene fuerzas para reconocerlo como si no, tiene fuerzas para sacar las consecuencias como si no, y tanto si ese ser humano, como naturaleza en todo caso desgraciada dedica a ello, aunque sólo sea una vez siquiera, un pensamiento, porque, como sabemos, la mayoría de esas naturalezas desgraciadas como seres humanos desgraciados y a la inversa no dedican a ello jamás, en absoluto, en toda su vida y toda su existencia, ese pensamiento. El recién nacido se ve, desde el instante de su nacimiento, a la merced de progenitores que son padres idiotizados y no ilustrados y, ya desde el primer instante, es convertido por esos progenitores que son sus padres, idiotizados y no ilustrados, en un ser igualmente idiotizado y no ilustrado, ese proceso monstruoso e increíble se ha convertido, en los cientos de años y miles de años de la sociedad humana, en costumbre, y la sociedad se ha acostumbrado a esa costumbre y no piensa en absoluto en dejar esa costumbre, al contrario, esa costumbre se intensifica cada vez más y ha llegado a su apogeo en nuestra época, porque en ninguna época se han hecho seres humanos y millones y millares de millones de seres humanos como población mundial de una forma más irreflexiva y más vil y más abyecta y más insolente que en la nuestra, aunque la sociedad

sabe desde hace tiempo que ese proceso, que es una infamia mundial, si no se interrumpe, significará el fin de la sociedad humana. Pero las cabezas ilustradas no ilustran, y la sociedad humana, eso es seguro, se aniquila. También mis progenitores como padres, actuaron así, aturdidamente y en embrutecida conformidad con toda la restante masa humana, extendida por todo el mundo, e hicieron un ser humano y, desde el instante de su procreación, emprendieron su idiotización y aniquilación, todo lo que había en ese ser humano fue en sus tres primeros años, como en todos los demás seres humanos, destruido y aniquilado, recubierto de escombros, cubierto de escombros y cubierto de escombros con tal brutalidad que ese ser humano, totalmente recubierto de escombros por sus procreadores, como padres, necesitó treinta años para quitar otra vez los escombros con que sus progenitores, como padres, lo cubrieron, para ser otra vez el ser humano que sin duda fue en el primer instante y al que esos progenitores suyos que eran sus padres, padres que eran sus progenitores, cubrieron con la secular basura sentimental e intelectual que era su ignorancia. No debemos temer, aun a riesgo de ser tomados por locos, decir que nuestros progenitores, como padres, cometieron el crimen de la procreación en tanto que crimen de causar premeditadamente la desgracia de nuestra naturaleza y, en común con todos los demás, el crimen de causar la desgracia del mundo entero, cada vez más desgraciado, exactamente igual que sus mayores, y así sucesivamente. Primero el ser humano, y el proceso es un proceso animal, es engendrado y dado a luz como un animal, y tratado siempre sólo de forma animal y, ya sea amado o mimado o atormentado, es alimentado y tratado como un animal, embrutecida y egoístamente, por sus progenitores, como padres, o por sus representantes, embrutecidos de pies a cabeza, que no están ilustrados y sólo persiguen sus fines egoístas, por su propia falta de auténtico amor y de conocimiento y disposición para la educación, y poco a poco ven allanados y turbados y perturbados sus principales centros *sentimentales* y nerviosos, y entonces, como una de las mayores aniquiladoras, emprende la Iglesia (emprenden las religiones) la aniquilación del *alma* de ese nuevo ser, y los colegios cometen con ese nuevo ser, por encargo y orden de los gobiernos de todos los Estados del mundo, un asesinato *intelectual*. Ahora estaba yo en el Johanneum, ésa era la nueva denominación del viejo edificio que, en el tiempo que yo había pasado con mis abuelos, había sido habilitado otra vez y, como nacionalsocialista, convertido en severamente católico, en los escasos meses de la posguerra, el edificio *había dejado de ser el, así llamado, Hogar Escolar Nacionalsocialista para convertirse en el severamente católico Johanneum*, y yo era uno de los pocos del Johanneum que había estado ya en el Hogar Escolar Nacionalsocialista, y ahora iba al instituto y no ya a la escuela primaria, la llamada *Andräs Schule*, y en lugar de *Grünkranz*, que había desaparecido y probablemente había sido encarcelado por su pasado nacionalsocialista y a quien, en cualquier caso, no vi más, un sacerdote católico que era el Director, al que nos dirigíamos siempre sólo como *Tío Franz*, había asumido el poder sobre nosotros. Otro sacerdote de unos cuarenta años ayudaba al Tío Franz en calidad de Prefecto, y ese Prefecto, que hablaba en alemán relamido, había recogido al estilo católico la herencia del nacionalsocialista *Grünkranz*, era tan temido y odiado como *Grünkranz* y, probablemente, era un personaje que nos repelía igual a todos. Realmente, en todo el edificio se había hecho sólo lo más necesario y por tanto, en primer lugar, se había reconstruido el dormitorio derruido a medias y se había reparado el tejado, y se habían puesto cristales en todas las ventanas y la fachada del edificio había recibido una nueva mano de pintura, y cuando se miraba por la ventana se veía, en lugar de la vieja *Schranne*, un montón de escombros asentado ya por muchas tormentas, y las ruinas de la iglesia de San Andrés, en las que todavía no se movía nada, porque la ciudad no había podido decidir si reconstruir la iglesia tal como había sido, o de otro modo, o demolerla por completo, lo que hubiera sido lo mejor. En el interior del internado no había podido comprobar cambios llamativos, pero la, así llamada, sala de día, en la que nos habían educado en el Nacionalsocialismo, se había convertido ahora en la capilla, en lugar del pupitre de conferenciante, tras el que se situaba *Grünkranz* antes de terminar la guerra para hablarnos de la Gran Alemania, estaba ahora el altar, y donde estaba el retrato de Hitler en la pared colgaba ahora una gran cruz y en lugar del piano que, tocado por *Grünkranz*, había acompañado nuestros himnos nacionalsocialistas como *Alta la bandera o Tiemblan los huesos podridos*, había un armonio. Ni siquiera habían pintado toda la sala, para ello, evidentemente, faltaba dinero, porque donde colgaba ahora la cruz se podía ver aún el sitio, llamativamente blanco en la superficie gris de la pared, donde durante años colgó el retrato de Hitler. Ahora no cantábamos ya *Alta la bandera o Tiemblan los huesos podridos*, ni escuchábamos, en posición de firmes, en esa sala, los comunicados de radio especiales, sino que cantábamos con el armonio *Estrella del mar yo te saludo o Te alabamos Dios del Cielo*. Ya no nos precipitábamos fuera de la cama a las seis y a los lavabos y luego a la sala de estudios, para oír allí las primeras noticias del cuartel general del *Führer* sino para recibir en la capilla la Santa Comunión, y ocurría que los alumnos iban todos los días a comulgar, o sea, más de trescientas veces al año, y yo creo que todos, en esa época, para toda su vida. Las huellas exteriores del Nacionalsocialismo en Salzburgo habían sido realmente borradas por completo, como si esa época espantosa no hubiera existido nunca. Ahora el Catolicismo había salido otra vez de su opresión, y los americanos lo dominaban todo. La miseria en esa época era una miseria mucho mayor aún, la gente no tenía nada de comer y para vestir sólo lo más necesario y lo más

raído, de día limpiaban las gigantescas montañas de escombros y por la noche afluían a las iglesias. El color de los poderosos era otra vez ahora, como antes de la guerra, el negro, y no el pardo ya. Por todas partes se habían colocado andamios, y las gentes se esforzaban por levantar muros contra esos andamios, pero era un proceso lento y penoso y horrible. También en la catedral se colocaron andamios, y pronto se comenzó ya la reconstrucción de la cúpula. Ahora los hospitales no estaban ya ocupados sólo por mutilados de guerra, sino abarrotados de miles de personas medio muertas de hambre y que se morían lentamente de hambre y desesperación. El olor de la descomposición flotó todavía durante años sobre la ciudad, bajo cuyos edificios reconstruidos, por razones de simplicidad, se había dejado a la mayoría de los muertos. Sólo ahora, a una distancia de unos meses, era visible toda la importancia de los estragos y una tristeza profunda, una tristeza que ahora, de repente, se hacía profunda, se había apoderado de los habitantes, de cada uno de ellos, porque los daños no parecían ya reparables. Durante años la ciudad no fue más que un montón de escombros que apestaba dulzarramente a descomposición, y en el que, como por escarnio, habían quedado en pie todas las torres de las iglesias. Y parecía como si la población se levantase ahora otra vez lentamente, apoyándose en esas torres de iglesia. Todavía no había más que trabajo y falta de esperanzas, porque la esperanza del final de la guerra había quedado debilitada, una y otra vez, por los muchos retrocesos y por el hambre que aumentaba. Los crímenes habían rebasado todas las dimensiones conocidas, y el miedo, en esa época de la posguerra inmediata, era un miedo mucho mayor aún, cualquiera hubiera podido matar a cualquiera por hambre. Hubo personas a las que se mató por un pedazo de pan o porque tenían todavía una mochila. Se salvaba el que podía, y la mayoría pudieron salvarse renunciando sencillamente a casi todo. También en esa ciudad había casi sólo ruinas y los que andaban y buscaban por esas ruinas, y nada los echaba a la calle en esa época más que el hambre, manadas enteras de personas por la mañana, después de algún anuncio de distribución de alimentos. La ciudad estaba llena de ratas. Los excesos sexuales de los soldados de las tropas de ocupación difundían entre la población *miedo y terror*. La mayor parte de la población seguía viviendo de los pillajes de los últimos días de la guerra. Un monstruoso comercio de intercambio de víveres y prendas de vestir, sin embargo, mantenía despierto su espíritu vital. En aquella época me fue posible, por mediación de una amiga de mi madre originaria de Leipzig, empleada en una oficina de abastecimiento de Traunstein, organizar el transporte de un camión de patatas desde Traunstein, a través de la frontera, hasta Salzburgo, y gracias a ese transporte de patatas, varios miles de kilos encontraron cabida en el camión, pudo mantenerse a flote el Johanneum bastante tiempo. Sólo había en la ciudad personas medio muertas de hambre, que mendigaban de los americanos el lujo de poder comer hasta hartarse. En ese estado, de repente otra vez totalmente sin esperanzas, que había sucedido a la llamada liberación como un suspiro de alivio después del dominio del terror nacionalsocialista, la ciudad dio, durante años, una impresión de desmoralización y de total cansancio de la vida, parecía como si sus habitantes hubieran renunciado a la ciudad y a sí mismos, y sólo unos pocos tenían el valor y las fuerzas necesarios para hacer algo contra la desesperación general. La humillación y la casi completa aniquilación, en todos los sentidos, que había seguido a esa humillación habían sido demasiado totales. Pero yo sólo puedo indicarlo. Esta vez, por mi propia voluntad y atravesando la frontera germano-austríaca de Traunstein, nuevamente restablecida al terminar la guerra y, después de terminar la guerra, cerrada durante meses, efectivamente, dos años después del fin de la guerra todavía *herméticamente* cerrada, de Traunstein, donde mi tutor había encontrado trabajo en mil novecientos treinta y ocho y adonde, como único que entonces ganaba dinero, lo siguieron primero mi padre y luego también mis abuelos, iba al internado, en una Austria otra vez libre, completamente solo y por mi cuenta, los gastos del internado los sufragaba mi tío que vivía en Salzburgo, el cual, como ya he indicado, fue durante toda su vida un comunista e inventor genial. Era lógico que, a finales del verano del cuarenta y cinco, yo intentase reanudar lo que en el otoño del cuarenta y cuatro había interrumpido, y mi admisión en el *Instituto* se produjo sin dificultades. El intervalo lo había pasado sobre todo con mis abuelos en Ettendorf, el lugar de peregrinaje situado en los bosques junto a Traunstein, primero, hasta el ya indicado horrible bombardeo de Traunstein el dieciocho de abril, había entrado en la jardinería con *Schlecht und Weininger* y, por lo tanto, había presenciado el final mismo de la guerra en Traunstein, recordaba cómo el Mariscal Kesselring, que había huido de los americanos cayendo en la trampa tendida por éstos en Traunstein, se hizo fuerte en el ayuntamiento de Traunstein, protegido por las últimas tropas de las SS, y cómo los americanos dieron un ultimátum al alcalde de Traunstein para que la ciudad se entregase voluntariamente a los americanos, pues de otro modo los americanos la destruirían, un solo soldado americano, con dos pistolas en las manos y dos pistolas en los gigantescos bolsillos del pantalón, entró en la ciudad viniendo del oeste, solo y sin ser molestado en absoluto, y como no le pasó nada, lo siguieron a la ciudad, entretanto iluminada por blancas banderas, cobertores de edredón recién lavados o sábanas puestos en mangos de escobas y, de repente, después de la retirada inmediatamente anterior de las tropas de las SS con Kesselring a las montañas situadas en torno a la ciudad, totalmente tranquila, las tropas americanas. Pero de esa época no se habla aquí, quizá sea útil que recuerde las clases de dibujo que mi abuelo me hizo dar con un anciano, alojado en

el asilo de Traunstein, ese anciano, con un gigantesco y rígido cuello de papel, subía conmigo, para darme clases de dibujo, a la colina que se elevaba tras el hospicio, en dirección a Sparz, para sentarse arriba conmigo, bajo los árboles, y mirar la ciudad y dibujarla, con todo el detalle posible, y muy a menudo en silueta, y de esas lecciones de dibujo guardo el mejor recuerdo, y fueron, exactamente como las lecciones de violín y, luego, las de clarinete, nada más que los desesperados intentos de mi abuelo para no dejar que se desperdiciara mi talento artístico, para no dejar de *probarlo todo* con ese talento artístico. Un francés joven, perdido en Traunstein, me enseñaba francés, otra persona inglés. Así pues, después del año más lleno de acontecimientos que jamás he vivido y del que no se puede hablar aquí, volví, atravesando la frontera, al *extranjera patrio*, y otra vez al internado, no a un internado nacionalsocialista sino a uno católico, y al principio sólo se diferenció para mí en el cambio del retrato de Hitler por la cruz de Cristo y en el cambio de Grünkranz por el Tío Franz, el reglamento no era muy distinto, el día en el internado comenzaba a las seis y terminaba a las nueve, sólo que ahora, porque yo tenía un año más, no me alojaba ya en el gran dormitorio de treinta y cinco camas sino en el segundo en tamaño, de catorce o quince camas. A cada paso me acordaba de y por muchos detalles, todavía ahora, de la era nacionalsocialista, que por sentimiento propio y por los juicios siempre condenatorios y despreciativos de mi abuelo hacia el Nacionalsocialismo, siempre había odiado, pero, con la rapidez de la reconstrucción del internado y de sus instalaciones, esos signos residuales de una época para mí sólo maligna habían pasado inadvertidos. En conjunto, sin embargo, la calma que reinaba aquí, a diferencia de los últimos meses de la guerra, era lo que más sorprendía, y las noches eran otra vez para dormir y absolutamente libres de miedo. Pero en sueños seguí siendo durante años, muy a menudo, despertado y sobresaltado por las sirenas de alarma, por los gritos de las mujeres y los niños en las galerías, por el zumbir y el retumbar de los aviones en el aire, por detonaciones y explosiones monstruosas que conmovían la tierra entera. Y hasta hoy tengo esos sueños. El Tío Franz era bonachón y estaba totalmente convencido de lo que creía que tenía que enseñarnos ininterrumpidamente, del Catolicismo, pero su carácter bonachón se había atrincherado tras el terror del Prefecto, este hombre, probablemente contratado por el Tío Franz, descargaba sobre nosotros todo su odio a la Humanidad, expresado en su rostro como un castigo de Dios que continuamente nos causaba miedo, hoy lo veo sólo con los brazos cruzados a la espalda, yendo de un lado a otro entre los pupitres en los que se trabajaba de pie, acechando cualquier disminución de la intensidad del estudio en algún alumno y, si descubría esa auténtica disminución de la intensidad del estudio o incluso sólo una distracción en algún alumno, y casi siempre descubría una de esas disminuciones o una de esas distracciones, le daba un puñetazo desde atrás en la cabeza al interesado desinteresado. Ahora yo no tenía tanto miedo de una persona como el Prefecto, que en su sadismo consecuente no le iba en nada a la zaga a Grünkranz, mi miedo, de repente, probablemente porque era ya un miedo educado durante años en esa relación intensa entre potencia e impotencia, hasta las posibilidades de sentimiento y comprensión más extremas, no era tan grande como el de los otros, así pues, en el Johanneum, tenía menos miedo de los métodos del Prefecto, que en el fondo no eran más que los métodos de Grünkranz, que de los métodos del propio Grünkranz, pero los que acababan de entrar en el internado tenían *ahora el mayor de los miedos*, yo me había resignado a ese ritual de castigos sádicos, me dolían sin duda como interesado, pero no tenían ninguna clase de efecto destructor, de efecto aniquilador en mí, porque, al fin y al cabo, ya estaba destruido y aniquilado. Podía comprobar la coincidencia casi completa entre los métodos de castigo del régimen nacionalsocialista en el internado y los católicos, aquí, en el internado católico, había otra vez, aunque con otro nombre y no con botas de oficial o de las SA sino con los botines negros del clero, y no de gris o de pardo sino con sotana negra y no, siempre, con brillantes hombreras sino en forma de Prefecto con cuellos de papel, un Grünkranz, lo mismo que el Grünkranz de la, así llamada, era nazi había sido ya un Prefecto, y el Tío Franz había asumido el papel tutelar de la señora Grünkranz, porque en verdad y en realidad, ese párroco *bonachón* con su cara sonrosada de aldeano era, sin duda, el Director, pero había transmitido, lo que todos sentían enseguida y experimentaban siempre también, todo su poder al Prefecto, de forma que el Tío Franz, al que siempre se calificaba de *una persona muy amable*, me pareció desde el principio un personaje en quien no se podía confiar, por no tener que decir que, en el fondo, tras su carácter bonachón sólo afectado, era un ser repugnante. Ese *Tío Franz* llamado, pronunciado y susurrado por todas partes en el internado, envolvía a todo el internado, sobre todo para el visitante, de una forma adormecedora del entendimiento, en una amabilidad católica de la que allí, en realidad, no había nada. Pero la inseguridad del Tío Franz me había reportado a menudo, como también a los otros, muchas ventajas, porque de vez en cuando era realmente el hombre por el que se le conocía en todas partes, el que *no* sabía decir que *no*. Sin embargo, colaboraba muy bien con el Prefecto, y los dos dirigían su régimen de terror católico en la Schrammengasse como Grünkranz su régimen nacionalsocialista. En este lugar tengo que decir otra vez que anoto o incluso sólo esbozo o indico sólo cómo *sentía* entonces, no como *pienso* hoy, porque el sentimiento de entonces fue distinto de mi pensamiento de hoy, y la dificultad es, en estas notas e indicaciones, convertir el sentimiento de entonces y el pensamiento de ahora en notas e indicaciones que correspondan a los hechos de entonces, a mi

experiencia como alumno, aunque, probablemente, no les hagan justicia, en cualquier caso quiero intentarlo. En el Prefecto veía siempre realmente el espíritu y, de hecho, el espíritu completamente ileso de Grünkranz, Grünkranz había desaparecido de la superficie de la posguerra, probablemente estaba encarcelado, no lo sé, pero para mí estaba siempre presente en el Prefecto, también la actitud física del Prefecto era como la actitud física de Grünkranz, casi todo en el exterior y, probablemente, también en el interior de aquel hombre que, y esta suposición es probablemente verdad, era un hombre desgraciado de pies a cabeza *como Grünkranz*, ya por esa razón era un crimen entregar por completo a un ser así el poder de gobernar un internado como el internado de la Schranngasse, porque el Prefecto gobernaba el internado enteramente como *el verdadero Director*, el Tío Franz, como Director sobre el papel, no tenía nada que decir, pero también por parte del Tío Franz era naturalmente irresponsable y, para ser exacto, vil el dejar a los alumnos a la merced del acomplejado Prefecto, porque el Tío Franz sabía muy bien cómo y cuál era la forma de actuar del Prefecto, pero aquel hombre débil y de carácter frágil que era el Tío Franz necesitaba una máquina devastadora del ánimo y del carácter como el Prefecto para poder mantenerse en el internado y, desde su punto de vista, había elegido la persona apropiada. En el fondo, no había absolutamente ninguna diferencia entre el sistema nacionalsocialista y el católico en el internado, todo tenía sólo otra mano de pintura y todo tenía sólo otras denominaciones, pero las secuencias y las consecuencias eran las mismas. Ahora, sencillamente, después de un procedimiento de aseo tan poco concienzudo como en la época nazi, peregrinábamos a la *capilla*, para oír misa y recibir la Santa Comunión, lo mismo que en la época nazi a la *sala de día*, para oír las noticias y las instrucciones de Grünkranz, entonábamos ahora cánticos de iglesia, cuando antes habíamos entonado himnos nazis, y el transcurso de la jornada adoptaba, al estilo católico, el mismo mecanismo de represión, en el fondo enemigo del ser humano, del Nacionalsocialismo. Si en la época nazi, antes de las comidas, nos poníamos firmes junto a las mesas del comedor, cuando Grünkranz decía *Heil Hitler* al comenzar las comidas, y entonces podíamos sentarnos y comenzar a comer, ahora nos poníamos en la misma posición junto a las mesas, cuando el Tío Franz decía *Dios bendiga esta mesa*, y entonces podíamos sentarnos y comenzar a comer. La mayoría de los alumnos eran educados ahora por sus padres en el catolicismo, lo mismo que antes, en la época nacionalsocialista, en el Nacionalsocialismo, por lo que a mí se refiere, ni en una cosa ni en la otra, porque mis abuelos, con los que me crié, no se contagiaron, jamás, de una ni otra enfermedades, en el fondo sólo malignas. Continuamente advertido por mi abuelo de que no debía dejarme impresionar ni por uno de esos embrutecimientos (el nacionalsocialista) ni por el otro (el católico), jamás estuve siquiera en peligro de padecer ese debilitamiento del carácter y del espíritu, aunque fue de lo más difícil en una atmósfera totalmente descompuesta y envenenada por los dos como la de Salzburgo y, especialmente la de un internado como el de la Schranngasse. Tampoco el cuerpo de Cristo, sumido y consumido cada día y, por lo tanto, aproximadamente trescientas veces al año, era nada distinto del llamado homenaje cotidiano a Adolf Hitler, en cualquier caso, yo tenía la impresión, con independencia de que se tratase de dos magnitudes totalmente distintas, de que el ceremonial era, en sus intenciones y efectos, el mismo. Y mi sospecha de que, en el trato con Jesucristo, se trataba de lo mismo que un año o que medio año antes sólo con Adolf Hitler se vio pronto confirmada. Si examinamos los cánticos y los coros que se cantan a fin de glorificar y honrar a alguna de las llamadas personalidades extraordinarias, sea la que fuere, como los cantábamos en la época nazi y como los cantamos después de la época nazi en el internado, tendremos que reconocer que son siempre los mismos textos, si bien con palabras algo diferentes, pero son siempre los mismos textos con la misma música siempre y, en conjunto, todos esos cánticos y coros no son más que la expresión de la tontería y de la vileza y de la falta de carácter de los que cantan esos cánticos y coros con esos textos, es siempre sólo el aturdimiento el que canta esos cantos y coros, y ese aturdimiento es un aturdimiento general, mundial. Y los crímenes de educación, tal como se cometen por todas partes, en todo el mundo, en los establecimientos de enseñanza, con los que deben ser educados, se cometen siempre en nombre de alguna de esas personalidades extraordinarias, ya se llame esa personalidad extraordinaria Hitler o Jesús y así sucesivamente. En nombre del cantado, del glorificado, se producen esos crímenes capitales contra los adolescentes, y una y otra vez habrá esas personalidades extraordinarias cantadas y glorificadas, cualquiera que sea su naturaleza, y esos crímenes capitales de educación cometidos contra la humanidad adolescente, educación que, sean cuales fueren sus consecuencias, sólo puede ser siempre, por naturaleza, un crimen capital. Así, en el internado y en esa, como se denomina a Salzburgo con clarividencia, *Roma alemana*, fuimos primero educados para nuestra perdición y, día tras día, para la muerte en nombre de Adolf Hitler, y luego, después de la guerra, en nombre de Jesucristo, y el Nacionalsocialismo tuvo en todos esos jóvenes el mismo efecto devastador que ahora el Catolicismo. El joven ser, que, en cualquier caso, crece siempre solo en esa ciudad y en ese paisaje, nace dentro de una atmósfera nada más que católiconacionalsocialista, y crece, lo reconozca o no, lo sepa o no, en esa atmósfera católiconacionalsocialista. Adondequiera que miremos, no vemos que más Catolicismo o Nacionalsocialismo y, en casi todo lo que hay en esa ciudad y en esa región, esa situación católiconacionalsocialista y homicida, que turba el espíritu y

putre el espíritu y mata el espíritu. Aun a riesgo de pasar, ante todos esos habitantes con anteojeras, en el sentido más propio de la palabra, por imposible y, una vez más, por necio, hay que decir que esa ciudad es una ciudad vilmente vaciada de su contenido por siglos de Catolicismo y brutalmente violada por decenios de Nacionalsocialismo, lo que produce sus efectos. El joven ser que nace dentro de ella y se desarrolla en ella, se desarrolla en su vida, en casi un ciento por ciento, para convertirse en un ser católico o nacionalsocialista, y así, realmente, cuando tratamos en esa ciudad con seres humanos, tratamos sólo con católicos (al ciento por ciento) o con nacionalsocialistas (al ciento por ciento), y la minoría que no es una cosa ni otra es ridícula. El espíritu de esa ciudad es pues, durante todo el año, un espíritu *maligno* católiconacionalsocialista, y todo lo demás son mentiras.

En verano, se finge en esa ciudad la universalidad, con el nombre de Festival de Salzburgo, y el medio del llamado arte mundial es sólo un medio de engañar para apartar la atención de ese espíritu maligno que es una perversidad, lo mismo que todo, en los veranos, es aquí sólo un engañar para apartar la atención y un fingir para apartar la atención y un interpretar música para apartar la atención y un representar teatro para apartar la atención, por esa ciudad y sus habitantes, para nada más que sus viles fines comerciales, el Festival se organiza para cubrir durante meses el fango de esa ciudad. Pero también eso debe quedar sólo como indicación, éste no es el lugar y no es ahora el momento para un análisis relativo a toda esa ciudad de entonces y de hoy, claridad de pensamiento y, al mismo tiempo, misericordia, para aquel que haga jamás ese análisis. Así, en siglos y en pocos decenios, el ser de esa ciudad se ha convertido en un ser insoportablemente católiconacionalsocialista y que debe calificarse ya de enfermizo, en el que no hay ya nada más que lo católico y lo nacionalsocialista. El internado me presentó ese ser católiconacionalsocialista, día tras día, con la insistencia de lo auténtico, y crecimos intelectualmente encajados entre el Catolicismo y el Nacionalsocialismo y fuimos finalmente aplastados entre Hitler y Jesucristo como calcomanías para idiotizar al pueblo. Hace falta, pues, estar sobre aviso y no dejarse engañar, ni por nada, porque el arte de hacer creer al mundo algo, se refiera a lo que se refiera, se domina aquí como en ninguna otra parte, y todos los años caen aquí en la trampa millares y decenas de millares, si es que no son centenas de millares. La, así llamada, inocuidad del pequeñoburgués es, en realidad, un sofisma grosero e indolente y que, muy a menudo, conduce en forma directa a la turbación del mundo y la perturbación del mundo, como deberíamos saber. Esas gentes, como población, no han aprendido nada por experiencia, al contrario. De la noche a la mañana, sustituyendo al Catolicismo, el Nacionalsocialismo puede hacer aquí otra vez su aparición dominante, esa ciudad tiene todos los requisitos y realmente tenemos que vérnoslas hoy aquí con un equilibrio continuamente turbado entre el Catolicismo y el Nacionalsocialismo, y el súbito descenso del platillo nacionalsocialista resulta posible en cualquier momento. Pero quien expresa ese pensamiento que realmente flota de modo continuo en el aire de Salzburgo, lo mismo que cuando expresa otros pensamientos, igualmente peligrosos, que flotan en el aire, es tenido por necio, como es tenido por necio siempre todo el que expresa lo que piensa y siente. Y esto de aquí son indicaciones de pensamientos y sensaciones continuamente pensados y que, al que los anota, siempre y durante toda su existencia lo han irritado al menos y no lo dejan tranquilo, y nada más. El instituto fue siempre un instituto severamente católico, aun cuando ahora, después de su cierre en el treinta y ocho y su reapertura en el cuarenta y cinco, se llamase otra vez instituto *del Estado*, pero todo el Estado austríaco se ha llamado siempre también, al fin y al cabo, *Estado católico* y, con una sola excepción, según recuerdo, y esa excepción era el profesor de matemáticas, sólo había hombres católicos, que eran los profesores que nos enseñaban, y en esos colegios se enseña más el Catolicismo que otra cosa, cualquier asignatura sólo como asignatura católica, lo mismo que en la época nazi toda asignatura era asignatura nacionalsocialista, como si todo lo que valiera la pena de saber fuera sólo algo nacionalsocialista o algo católico, y si (en la escuela primaria) estuve sometido primero a la mentira de la Historia nazi y totalmente dominado por esa mentira de la Historia, ahora estaba (en el instituto) sometido a la católica. Mi abuelo, sin embargo, me había hecho clarividente para esos hechos, y no caí en un estado enfermizo, por difícil que me fuera no caer de repente en un estado enfermizo, es decir, no pasar en un instante de nacionalsocialista (antes de terminar la guerra) a católico (después de acabar la guerra) o, por lo menos, ser contagiado por el Nacionalsocialismo como por una enfermedad contagiosa, y tanto el Nacionalsocialismo como el Catolicismo son enfermedades contagiosas, enfermedades *del espíritu* y nada más. No me contagié de esas enfermedades porque, por la previsión de mi abuelo, era *immune* a ellas, pero las sufrí como sólo un niño de mi edad podía sufrirlas. El Tío Franz, católico de pies a cabeza, y Grünkranz, nacionalsocialista de pies a cabeza, han seguido siendo para mí, hasta hoy, los ejemplos típicos de esas categorías humanas, caracterizando para toda mi vida su actitud de espíritu universal, bajo la que los pueblos han tenido siempre más motivos para sufrir que para alegrarse, el Tío Franz, sencillamente, la quintaesencia de lo católico, y Grünkranz la quintaesencia de lo nacionalsocialista, y en todos los nacionalsocialistas reconozco una y otra vez a Grünkranz, y en todos los católicos, una y otra vez, al Tío Franz, y en muchos salzburgueses reconozco una y otra vez al Prefecto, que era para mí nacionalsocialista y católico a la vez, una forma humana, como actitud de espíritu, que es la más difundida en Salzburgo y que, hasta hoy, domina completamente esa ciudad. Aquí, hasta los que se llaman socialistas, un concepto que no se *puede* armonizar con el suelo de la alta montaña y, en especial, con el suelo de la alta montaña salzburguesa, tienen a la vez rasgos nacionalsocialistas y católicos, en cualquier caso, esa mezcla humana, como tal, resulta reconocible a diario para el visitante, y demuestra, en todos sus modos de actuar, una actitud espiritual católiconacionalsocialista. Pero yo sólo indico. El instituto, ahora, a diferencia de la escuela primaria de la guerra, un aparato de enseñar que funcionaba exactamente, sin ser exteriormente turbado por nada, fue para mí un buen ejemplo para estudiar las *entrañas intelectuales* de todo el cuerpo urbano salzburgués: era, como es natural, lo mismo que en todos los otros institutos, el espíritu de los siglos pasados el que se mostraba aquí al espectador y, sobre todo, al colegial de ese colegio

como víctima de su sistema, a cada instante y desde todos los puntos de vista posibles. Así pues, ese edificio, que fue en otro tiempo la universidad vieja, con sus largos pasillos y bóvedas encalados, más una construcción monástica que un colegio, había provocado realmente en mí, a mi entrada en el instituto, o sea, en el instante de mi ascensión desde la escuela primaria, la llamada *Andräs Schule*, a esa altísima escuela secundaria, respeto y asombro, y de repente, al ser recibido en esas órdenes mayores que siempre habían estado vinculadas a aquella *casa vieja y venerable*, me había transmitido y hecho sentir el conocimiento de que yo mismo, ahora, al entrar día tras día en ese colegio y subir sus escaleras de mármol, era, como él, algo superior. Y qué joven, sea el que fuere, tanto si, de repente, venía sólo de las callejuelas vecinas o, como yo, de los bosques y del campo, no se hubiera sentido orgulloso al dar sus primeros pasos oficiales como colegial por ese severo edificio del que, como se dice una y otra vez, sale desde hace siglos la minoría selecta del *Land*. Pero el respeto y la estimación, en todo caso inhibidora del espíritu, se redujeron pronto en las primeras semanas de clase, y lo que antes de mi ingreso en el instituto había sido para mí (¡como también para mi abuelo, que había deseado ese ingreso!) un gran paso hacia adelante, se reveló pronto como una gran desilusión. Los métodos en aquel edificio, que se llamaba y se llama todavía hoy tan pretenciosamente instituto y, todavía más pretenciosamente, instituto del Estado, eran en el fondo los mismos métodos de la *Andräs Schule*, como escuela primaria siempre despreciada por ese instituto, y pronto, por mi mecanismo de observación, estuve también en este instituto, en el plazo más breve, predispuesto contra todo. Los profesores eran sólo los ejecutores de una sociedad corrompida y, en el fondo, siempre sólo enemiga del espíritu y, por ello, eran igualmente corrompidos y enemigos del espíritu, y sus alumnos eran estimulados por ellos a convertirse en seres tan corrompidos y enemigos del espíritu como los adultos. Las clases me alejaban, cada vez más, de todo desarrollo natural de mi espíritu, encajado en el insostenible tornillo de una noria de enseñar que presentaba y predicaba falsamente como necesidad vital la Historia como materia muerta, observaba en mí una destrucción que se reanudaba allí y que, al terminar mis clases en la escuela primaria, se había interrumpido. Por segunda vez había entrado en la catástrofe, y como pronto reconocí que el instituto no era más que una catastrófica máquina mutiladora de mi espíritu, en poco tiempo todo estuvo ya en mí en contra de ese instituto, y a eso se unían mi antipatía hacia el claustro de profesores, realmente opresivamente estrechos de miras, que en conjunto eran sólo el engendro de una materia científica situada ya a siglos de distancia, y mi antipatía hacia todos aquellos compañeros de colegio, que usaban y abusaban de su grande y pequeña burguesía como un arma contra todo, y con los que jamás pude tener realmente contacto, por una parte, repelido por su burguesía, me replegué ya pronto en mí mismo, por otra y a la inversa, ellos, repelidos por mi, indudablemente morbosa, antipatía hacia ellos (y su burguesía) y hacia todo lo relacionado con ellos (y su burguesía), me excluyeron pronto de su esfera, y otra vez estuve, por lo tanto, totalmente aislado, abandonado a mí mismo por todas partes, en un estado de defensa y de miedo y temor constantemente alimentados por esa *disposición defensiva*. Eso no quiere decir, sin embargo, que no supiera arreglármelas, al contrario, bajo la presión constante no sólo del profesorado sino también de mis compañeros de estudios, cuyo medio de procedencia era totalmente opuesto al mío, como ya he indicado, centrado totalmente en mí mismo y en contra de todo, me volví fuerte y más fuerte, es decir, con el tiempo, no me dejé ya atacar y ofender sino que, sencillamente, no hacía caso de nada, al tener pronto conciencia de que no me haría viejo en aquel instituto. Pronto no me interesó ya lo que se enseñaba en aquel colegio, y ya mis primeras calificaciones resultaron en consecuencia. Pronto concebí el instituto nada más que como una pejiquera, a la que todavía no podía escapar y que, por consiguiente, tendría que soportar aún cierto tiempo, sólo me interesaron realmente *la Geografía, como materia totalmente inútil*, el Dibujo y la Música, y la Historia fue para mí siempre una materia que me fascinaba, pero por lo demás lo acogía todo sólo con la mayor falta de interés, pronto consideré el colegio instintivamente, como lo que es hoy para mí, con claro juicio, un establecimiento de aniquilación del espíritu. Sin embargo, si quería hacer, y como es natural lo quería, algo extraordinario, tenía que terminar el bachillerato, eso me decían siempre y una y otra vez, y por eso intenté, con la mayor falta de interés y con la mayor antipatía hacia todo lo que se relacionaba con él, superar el bachillerato, lo que, sin embargo, se reveló como cada vez más desesperado, de lo que, sin embargo, no dije palabra a mi abuelo, que me había explicado claramente que tenía que terminar el bachillerato si no quería caer bajo las ruedas de la sociedad, y yo tenía plena conciencia de lo que eso significaba, él no sabía nada de mi fracaso casi completo en el instituto que, naturalmente, me avergonzaba a mí mismo, en mis viajes a casa, a Traunstein y Ettendorf, que hacía cada quince días, no le hablé jamás de ese fracaso. Cada quince días, con la ropa sucia en la mochila, salía del internado, ya hacia las tres de la madrugada, por una ventana del pasillo que dejaban abierta expresamente para mí y me iba a casa, es decir, unos trece kilómetros a pie hasta la frontera, que atravesaba al amanecer en las proximidades de la pensión Wartberg, a mitad de camino entre Salzburgo y Grossgmain, con todas las circunstancias concurrentes posibles del miedo a ser descubierto por funcionarios de aduana, cada quince días, primero a través de la ciudad como muerta, fría y todavía oscura, desviándome en Viehhausen por los bosques y a través de los pantanos situados detrás de Wartberg, pasaba la frontera hasta

Marzoll y de allí hasta Piding, una pequeña localidad bávara, en donde, en posesión de una tarjeta de identidad austríaca por una parte, y de una cédula personal alemana por otra, me subía al tren para ir a Freilassing y de allí a Traunstein. Esos cruces de frontera eran necesarios porque no tenía a nadie en Salzburgo que me lavara la ropa, ni tampoco nadie con quien pudiera hablar, y porque ese joven, siempre que le es posible, con tanta frecuencia como puede, va a ver al ser en quien tiene más confianza y al que quiere más, y ése era mi abuelo, y mi madre vivía también en Traunstein con mis hermanastros, los hijos de mi tutor, y con su marido, mi tutor, que entretanto había vuelto, *de la guerra* y por lo tanto, en su caso, de Yugoslavia. Muy a menudo, en los fines de semana libres, yo iba también a casa de mi tío que vivía en Salzburgo, comunista durante toda su vida e inventor durante toda su vida de cacerolas que no se rebosaban, motores de agua, etcétera, pero la mayoría de las veces a casa de mis abuelos y a casa de mi madre, a Traunstein y Ettendorf. Cuando había atravesado la frontera hacia Alemania, sacaba la cédula *personal* alemana, cuando había pasado la austríaca hacia Salzburgo, la tarjeta de *identidad* austríaca, y así tenía para las autoridades, en cada país, el permiso de residencia, cuando todo el, así llamado, tráfico fronterizo estaba entonces severamente prohibido, y sólo a un chico como yo, de mi edad, le resultaba posible probablemente, en esa época, cruzar la frontera con tanta frecuencia y casi siempre sin ser molestado, el sábado por la mañana en una dirección y el domingo por la tarde en la otra. En el internado, en el que, en esa época, además de los alumnos y, por lo tanto, estudiantes del instituto, había también colegiales que no iban al instituto y trabajadores jóvenes, conocí un día a un joven, que reapareció de pronto como aduanero o, así llamado, funcionario de Hacienda y que, a partir de entonces, después de haber pasado yo docenas de veces la, así llamada, frontera verde junto a Wartberg, en Siezenheim, donde estaba él destinado, me hacía pasar la frontera ante los ojos de sus colegas austríacos y bávaros y en las siguientes condiciones : ya en la tarde del viernes iba yo a pie a Siezenheim, a casa del carpintero Allerberger, que habitaba allí en una casita de la linde del bosque, el cual había estado con mi tío en la campaña de Noruega, *en el estado mayor del General Dietl*, como decían siempre, y allí me recibían, me daban leche caliente y me acostaban en, una cama, de la que me sacaba la madre del carpintero Allerberger hacia las cuatro de la madrugada. Me levantaba, desayunaba e iba solo por el bosque hasta la garita de la frontera, y llamaba a la ventana, y entonces salía el joven aduanero, vestido con una gran esclavina. Como estaba convenido, yo me agarraba en seguida a la espalda del aduanero y éste me llevaba entonces, protegido por la esclavina, por el estrecho paso fronterizo de Siezenheim hasta la orilla alemana del Saalach, donde yo me soltaba y bajaba al suelo. En el bosque, alejándome rápidamente del aduanero, corría entonces hacia Ainring, a la estación de ferrocarril, para ir en tren desde allí hasta Freilassing y luego hasta Traunstein, y el domingo por la noche se repetía todo el proceso en sentido opuesto, mi hora de llegada al bosque de Ainring estaba convenida de la forma más exacta, y siempre resultó bien. De casa de mis abuelos, que vivían en el campo y podían ahorrárselos, traía siempre para el aduanero que era funcionario de Hacienda cupones de pan por su ayuda. Pero me atraparon también varias veces, y una vez me encerraron y realmente, hay que imaginárselo, a mí que era un muchacho de catorce o de quince años, no lo sé ya con exactitud, me llevaron detenido como un criminal en la oscuridad a la aduana de Marzoll y de allí a la aduana de Wals, tuve que caminar por el bosque delante de un guardia fronterizo con el fusil montado, y mi aseveración de que no era más que un estudiante de instituto de Salzburgo que se había perdido no sirvió de nada. Y una vez fue detenido mi tío por los americanos en Traunstein, sin que supiera durante días por qué, pero la razón fue, sin embargo, que yo llevaba siempre toda la mochila llena de cartas de Austria a Alemania, y en esas cartas había, en gran parte, bolsitas de sacarina que se podían conseguir en Austria, pero no en Alemania, en esa época no había ninguna clase de tráfico postal de Alemania a Austria y a la inversa. Los destinatarios tenían que mandar sus respuestas sólo a nuestra dirección de Traunstein y, por lo tanto, a la de mi tutor, para que su correo fuera llevado por mí a Austria. Mi tutor se pasó quince días en la cárcel de Traunstein a causa de ese tráfico postal realizado por mí de Alemania a Austria y a la inversa, y probablemente jamás me perdonó esa contrariedad, porque fui yo solo el causante y responsable de ese tráfico postal que duró casi dos años. Esos cruces de frontera fueron para mí lo más inquietante de mi vida. Una vez me llevé a mi hermanastro que entonces tenía siete años, de Traunstein, y crucé con él la frontera cerca de Marzoll, sin que lo supieran mi madre ni mis abuelos, por qué se me ocurrió de pronto esa forma de actuar, sin duda alguna espantosa para mis parientes, no lo sé, de las consecuencias, naturalmente, no tenía conciencia clara, pero pasé la frontera con mi hermanito muy bien y sin obstáculos, y deposité a mi hermano en Salzburgo en casa de mi espantado tío, porque ¿qué hubiera hecho yo con mi hermanastro en el internado? Probablemente, al sábado siguiente, volví a pasar la frontera *de contrabando* con mi hermanastro en dirección a Traunstein, y las consecuencias fueron sin duda terribles. Esa época estaba llena de *cosas inquietantes* y de *cosas irresponsables* y de *continuas cosas monstruosas* y *cosas increíbles*. Montaigne escribe que es doloroso tener que detenerse en un lugar donde todo lo que alcanza nuestra vista nos afecta y conmueve. Y además: mi alma estaba agitada, me formaba mi propio juicio sobre las cosas de mi entorno y las transformaba sin ayuda de nadie. Una de mis convicciones era que la verdad no podía sucumbir en ningún caso a la coacción y

la violencia. Y además: estoy ansioso de darme a conocer, en qué medida me es indiferente, siempre que realmente ocurra. Y además: no hay nada más difícil, pero tampoco más útil, que describirse a sí mismo. Hay que ponerse a prueba, darse órdenes a sí mismo y situarse en el lugar exacto. A eso estoy siempre dispuesto, porque me describo siempre, y no describo mis actos sino mi ser. Y además: muchos asuntos, que el decoro y la razón prohíben descubrir, los he dado a conocer para enseñanza de mis contemporáneos. Y además: me he fijado como norma decir todo lo que me atreva a hacer, e incluso desvelo pensamientos que, en realidad, no pueden publicarse. Y además: si quiero conocerme, es para conocerme como verdaderamente soy, hago un inventario de mí mismo. Esas frases y otras las he escuchado a menudo, sin comprenderlas, de mi abuelo el escritor, cuando lo acompañaba en sus paseos, él amaba a Montaigne, y ese amor lo comparto con mi abuelo. Más que con mi madre, con la que, durante toda la vida, tuve una relación difícil, difícil porque, en fin de cuentas, mi existencia le resultó siempre inconcebible y porque jamás pudo conformarse con esa existencia mía, mi padre, hijo de campesino y carpintero, la abandonó, y no se ocupó más de ella ni de mí, lo mataron, en qué circunstancias no lo he sabido jamás y, por lo tanto, no lo sé hasta hoy, hacia el fin de la guerra en Francfort del Oder, como oí decir una vez a su padre, mi abuelo paterno, al que también he visto sólo una vez en mi vida, a diferencia de mi padre, al que no he visto *jamás en mi vida*, siempre estuve a favor de mi madre, que murió en octubre del cincuenta a consecuencia de la guerra como víctima de su familia, que la debilitó durante años, y final y definitivamente la mató realmente, más que con mi madre, con la que, realmente, durante toda mi vida, sólo pude convivir con el mayor grado de dificultad y *cuyo ser no tengo todavía hoy capacidad para describir*, sigo teniendo sólo una incapacidad para indicar siquiera su ser, para *comprender siquiera en forma aproximada* su vida llena de acontecimientos pero tan corta, sólo cuarenta y seis años, hasta hoy no me es posible hacer justicia a aquella mujer maravillosa, más que con mi madre, pues, que vivía con los hijos de su marido, mi tutor, que no fue nunca mi padrastro porque jamás, ésa es la designación jurídica del procedimiento, hizo que *me declarasen a su cargo* y que durante toda la vida fue sólo para *mítutor*, jamás *padraastro*, más todavía que con mi madre estuve con mis abuelos, porque allí encontré siempre el afecto y la comprensión y la compenetración y el amor que no pude encontrar en ninguna otra parte, y crecí totalmente bajo los cuidados y la educación imperceptible de mi abuelo. Mis recuerdos más hermosos son esos paseos con mi abuelo, caminatas de horas en medio de la Naturaleza, y las observaciones hechas en esas caminatas, que él supo desarrollar en mí poco a poco, convirtiéndolas en un arte de la observación. Atento a todo lo que mi abuelo me mostraba y demostraba, tengo que considerar esa época con mi abuelo como la única escuela útil y decisiva para toda mi vida, porque fue él y nadie más quien me enseñó la vida y me hizo conocer la vida, al hacerme conocer antes que nada la Naturaleza. Todos mis conocimientos se remontan a ese hombre, decisivo en todo para mi vida y mi existencia, que había pasado por la escuela de Montaigne, como yo pasé por su escuela. Mi abuelo conocía perfectamente las condiciones y situaciones de la ciudad de Salzburgo, porque también a él lo mandaron sus padres a esa ciudad para realizar estudios, fue al seminario conciliar, pero en ese establecimiento de la Priesterhausgasse tuvo que padecer las mismas condiciones que yo, más de cincuenta años más tarde, en mi internado de la Schranngasse, y se escapó y, lo que era una monstruosidad para la época, inmediatamente antes del fin de siglo, se fue a Basilea, para llevar allí una peligrosa existencia de anarquista, como Kropotkin, y luego con su mujer, mi abuela, fue anarquista durante dos decenios en las condiciones más horribles, siempre buscado y a menudo detenido y encarcelado. En mil novecientos cuatro mi madre nació en Basilea, en mitad de esa época, y mi tío más tarde, en Munich, adonde había ido a parar la joven pareja, probablemente huyendo de la policía. Y ese hijo suyo, mi tío, fue durante toda su vida un revolucionario, ya a los dieciséis años en Viena, como comunista, la mayor parte del tiempo encarcelado o huido, y permaneció fiel durante toda su vida a esos ideales comunistas suyos, al Comunismo que lo ocupó durante toda su vida, que jamás puede hacerse realidad, que tiene que seguir siendo sólo fantasía en esas mentes extraordinarias como la mente de mi tío y por el que tienen que perecer esos hombres extraordinarios que son hombres desgracia. dos durante toda su vida, y mi tío pereció en las condiciones más horribles y más tristes. Pero también eso, como todo lo anotado aquí, sólo puede ser indicación. Probablemente su propia experiencia en Salzburgo como ciudad para estudiar fue la razón del deseo y la decisión de mi abuelo de entregarme también a esa ciudad para realizar mis estudios, pero el que su nieto estuviera también condenado al fracaso en esa ciudad como ciudad para estudiar no lo previó, y tampoco pudo comprender el hecho o quizá comprender sí pero no concebir lo que probablemente fue para él una espantosa repetición de su propio fracaso. Conseguir en su nieto lo que no le había sido posible a él mismo, poder terminar, acabar unos *estudios regulares* en Salzburgo, su ciudad y mi ciudad, fue sin duda su objetivo, y tener que decepcionarlo fue doloroso.

Pero ¿no fue precisamente su propia escuela, a la que yo había ido durante toda mi infancia y primera juventud, la condición previa de ese fracaso? Pero mi abuelo no tenía todavía ninguna sospecha del hecho, todavía no realizado pero sin embargo previsible, de que yo no iría mucho tiempo al instituto, porque mis progresos allí no eran en el fondo más que retrocesos y porque, poco a poco, había perdido todo deseo de aprender lo que fuera en ese instituto, a partir de cierto momento, *aborrecí* ese colegio y todo lo relacionado con él y, desde el punto de vista académico, me *perdí*. Pero meforcé todavía muchos meses y, en verdad, todavía año y medio más, en ese estado que se había vuelto insoportable, a ir al instituto y al mismo tiempo, totalmente convencido de la falta de esperanzas de adelantar en él, a estar continuamente deprimido de la forma más humillante. Entraba en ese edificio del Grünmarkt, que se me había vuelto insoportable en todos sus detalles, como en un infierno cotidiano, y mi segundo infierno era el internado de la Schranngasse, y así cambiaba de un infierno a otro y estaba nada más que desesperado, pero no dejé que nadie tuviera la menor sospecha de esa desesperación. Mi abuela, hija de una familia de la gran burguesía de Salzburgo, cuyos parientes tenían y tienen por todas partes en la ciudad espléndidas viviendas, me animó a menudo a visitar a esos parientes suyos y, por lo tanto, también míos, pero nunca hice caso de esos ánimos, mi desconfianza hacia todos esos comerciantes que eran mis parientes era demasiado grande para que me fuera posible entrar por sus pesadas puertas de hierro, exponerme a su curiosidad continua y destructora, a su recelo, y ella misma, mi abuela, me había hablado muy a menudo y una y otra vez de su espantosa infancia y juventud en esa ciudad para ella nada más que espantosa y entre esas gentes frías como la ciudad que eran sus parientes, tuvo cualquier cosa menos una infancia agradable en su hogar, y así fue cómo, después de haberla casado sus padres, una pareja de comerciantes al por mayor, cuando tenía diecisiete años, con un acaudalado maestro sastre de Salzburgo, de cuarenta años, resultó lógico que, de la noche a la mañana, se evadiera de ese matrimonio que le había sido impuesto y del que habían salido tres hijos, y siguiera a Basilea a mi abuelo, al que había conocido mirando desde su vivienda al seminario de la Priesterhausgasse, para acompañar toda su vida a ese hombre, que *no era un hombre fácil*, dejó a sus hijos sólo para escapar al hombre a quien no quería y que fue siempre para ella de una brutalidad inquietante, a la edad de veintiún años, a ese matrimonio de tres hijos que no había sido más que un negocio. Mi abuela fue una mujer valiente y, la única de todos nosotros, tuvo algo así como una inquebrantable alegría de vivir durante toda su vida, que acabó de forma bastante miserable, en una sala de enfermos del hospital psiquiátrico de Salzburgo, abarrotada por treinta o más camas de hierro medio oxidadas ya. La vi todavía unos días antes de su muerte, entre aquellos dementes y locos y viejos moribundos totalmente desamparados, de hecho oyéndome aún pero sin comprender ya lo que le decía, lloraba ininterrumpidamente, y esa última visita a mi abuela es para mí quizá el recuerdo más doloroso de todos. Sin embargo, tuvo una vida increíblemente *rica* y viajó, con mi abuelo y sin mi abuelo, por toda Europa, conocía casi todas las ciudades de Alemania y de Suiza y de Francia, y nadie en mi vida supo contar las cosas tan bien y tan penetrantemente como ella. En definitiva llegó a los noventa y ocho años, pero yo hubiera podido aprender todavía mucho de ella, había vivido la mayor parte de las cosas y su memoria se conservó clara hasta el final. Esa ciudad, que fue también su ciudad, se le mostró al final de su vida en su forma más horrible, al ser internada por médicos distraídos en un hospital y, finalmente, en un manicomio, y abandonada por todos, realmente por todos, tanto parientes como no, un final en una gigantesca sala de enfermos llena de moribundos e indigna de seres humanos. Así, todos los que me estuvieron más próximos y que salieron todos del suelo de esa ciudad o de esa región han vuelto al suelo de esa ciudad o de esa región, pero mis visitas en el cementerio a mi madre, a mis abuelos, a mi tío son en sí inútiles, sólo un recuerdo *insatisfecho* y una *deprimición* que me debilita y me deja pensativo. A veces me pasa por la mente la idea de no revelar la historia de mi vida. Esta declaración pública, sin embargo, me obliga a continuar el camino una vez iniciado, así decía Montaigne. Tengo sed de darme a conocer; me es indiferente a cuántos, siempre que sea con arreglo a la verdad; o, mejor dicho, no ansío nada, pero temo más que nada en el mundo ser mal conocido por los que sólo me conocen de nombre, así decía Montaigne. El instituto, por todas las condiciones previas que yo tenía, me resultó imposible, *ya antes* de entrar en el instituto, y no hubiera debido entrar jamás en el instituto, pero fue deseo de mi abuelo y quise satisfacer ese deseo, y realmente reuní al principio todas mis fuerzas para satisfacer ese deseo de mi abuelo, no mío, que no tuve nunca ese deseo, hubiera preferido entrar en alguna de las norias de producción de mis parientes a entrar en el instituto, pero naturalmente atendí el deseo de mi abuelo, nunca tuve la sensación de que sólo dando el rodeo del instituto podría llegar a ser algo, como tuvo de repente mi abuelo, totalmente en contra de su pensamiento, y como han creído siempre todos, en todos los tiempos, desde que hay institutos, la verdad es que entré ya en el instituto con la absoluta certeza de fracasar en el instituto, una máquina de educación y enseñanza como la que impera en los institutos sólo podía tener un efecto destructor en mí y, por consiguiente, en todo mi ser, pero para mi abuelo tenía que ser el instituto, porque él mismo sólo había ido a la llamada escuela secundaria, no a un colegio *de letras* por lo tanto, sino *sólo* a uno *técnico*, y por eso su nieto tenía que ir al instituto al que él, por las razones que fueran, no *pudo* ir. El hecho de que yo entrara en el instituto y fuera

aceptado en el instituto como alumno regular fue, para mi abuelo, de la mayor importancia, ahora había conseguido *en mí* lo que él mismo no pudo conseguir, ahora había entrado yo, por así decirlo gracias a él, en el primer grado esencial de lo que se llama una existencia cultivada y, por ello, mejor. Pero ya al entrar en el instituto todo lo que había en mí me dijo que aquí, donde nada tenía que hacer porque todas las condiciones previas estaban ya en contra, tendría que fracasar. Sin embargo, los que tenían algo que hacer en ese instituto, que eran aproximadamente todos los que habían entrado en el instituto, pudieron considerar el instituto en seguida como un hogar, mientras que yo podía considerar ese instituto como institución y como edificio, pero jamás como un hogar, por el contrario, era para mí la quintaesencia de todo lo que me era más opuesto. Tanto mis abuelos como mi madre estaban orgullosos de que fuera ahora al instituto, es decir, de que hubiera sido aceptado allí donde, como todo el mundo cree, se hace en ocho años de un ser que todavía no es nada el hombre cultivado y el mejor situado y el notable y el extraordinario, y en todo caso al insólito, dejaban ver ese orgullo mientras yo mismo estaba ya convencido de que era un completo error haber entrado en el instituto, toda mi naturaleza era distinta, no una naturaleza hecha para el instituto. Precisamente mi abuelo hubiera tenido que saber que él mismo me había inutilizado, con su dirección, para una escuela así como escuela de vida, cómo hubiera podido yo encontrarme bien de repente en un instituto así cuando era un hecho que, en la escuela de mi abuelo, había sido educado en toda mi vida anterior precisamente, y con la mayor atención por su parte, *en contra* de todas las escuelas convencionales. El fue *el único de mis maestros por mí reconocido* y, en muchos aspectos, lo sigue siendo hasta hoy. Por ello, sólo el hecho de que mi abuelo me entregara siquiera a uno de los llamados colegios de enseñanza media y me depositara en Salzburgo no podía significar para su nieto más que una traición, pero siempre seguí las instrucciones de mi abuelo y obedecí siempre sus órdenes, ha sido el único ser al que siempre he seguido sin reservas y cuyas órdenes he obedecido sin reservas. El, al enviarme a Salzburgo y entregarme al internado y enviarme primero a la escuela primaria y después al instituto, no fue consecuente, y esa inconsecuencia es la única que mostró conmigo en toda su vida, y sin duda alguna fue la que tenía que conmovirme más como nieto suyo, porque tuvo en mí realmente un efecto devastador y porque estaba totalmente en contra de todo el pensamiento de mi abuelo y en contra de todos mis sentimientos, y era sólo una renuncia a un ideal de toda su vida. Pero esa inconsecuencia que fue un error, le resultó evidente todavía mientras vivía, de la forma más clara y más dolorosa. Las escuelas primarias a que fui en Seekirchen am Wallersee y en Traunstein no pudieron ponerme en peligro porque, siempre en la proximidad de mi abuelo y, por lo tanto, siempre bajo su influencia para mí ilustradora, no quedé en absoluto a la merced de esas escuelas primarias como, así llamadas, escuelas elementales, pude pasar por ellas a distancia y con facilidad y sin recibir el menor daño, pero la súbita ruptura de pensamiento de mi abuelo, en el sentido de que, de repente, uno de los llamados colegios de enseñanza media me resultaba sin embargo necesario, destruyó entonces en mí muchas cosas, y en algunos momentos lo destruyó casi todo. Esa fue su contradicción. Los propios profesores, como yo sentía, eran espíritus pobres y vencidos, ¿cómo hubieran podido decirme algo? Los profesores mismos eran la inseguridad y la inconsecuencia y la mezquindad, ¿cómo hubiera podido serme útil, aunque fuera en medida insignificante, lo que explicaban? Mi abuelo me había enseñado durante un decenio fisonomía, ahora podía aplicar esa ciencia mía y el resultado era horrible. Aquellas personas, ya por una parte por miedo a su Director (Schnitzer), y por otra por miedo a sus relaciones familiares, a las que estaban condenados de por vida, no tenían nada que decirme, y la relación entre ellos y yo se agotaba en el fondo, casi totalmente, en un desprecio mutuo y en continuos castigos por su parte, pronto me acostumbré a esos castigos continuos, justos o no, ésa no era la cuestión, y pronto mi ánimo fue un ánimo humillado y ofendido, como estado permanente. Despreciaba a aquellos profesores, y con el tiempo sólo los aborrecí más, porque su actuación consistía sólo para mí en que, todos los días y de la forma más desvergonzada, me vaciaban en la cabeza toda su maloliente basura histórica, en calidad de, así llamados, conocimientos superiores, como un gigantesco cubo de basura inagotable, sin dedicar ni el resto de un pensamiento al efecto real de ese proceso. De forma totalmente mecánica y con el comportamiento ya famoso de los profesores y con el embrutecimiento ya famoso de los profesores, *destruían* con sus enseñanzas, que no eran otra cosa que la desintegración y la destrucción y, con maligna consecuencia, la aniquilación que les prescribían las autoridades del Estado, a los jóvenes que, como alumnos, les estaban confiados. Aquellos profesores no eran más que enfermos, y la culminación de su enfermedad eran siempre las clases, y sólo los embrutecidos o enfermos, así como los embrutecidos y enfermos son profesores de instituto, porque lo que enseñan día tras día y vacían sobre la cabeza de sus víctimas no es más que embrutecimiento y enfermedad y, en verdad, una *materia de enseñanza, como enfermedad del espíritu*, podrida desde hace siglos, en la que el pensamiento de cualquier alumno tiene que asfixiarse. En las escuelas y, sobre todo, en los colegios de enseñanza media que son las escuelas secundarias, la naturaleza del alumno, como consecuencia de los conocimientos podridos e inútiles que se meten ininterrumpidamente en ese alumno, se convierte en *antinaturalidad*, y cuando tratamos con alumnos de los llamados colegios de enseñanza media y, por lo tanto, de las escuelas secundarias, tratamos nada más que con

seres antinaturales, cuya naturaleza ha sido aniquilada en esos llamados colegios de enseñanza media que son las escuelas secundarias, las, así llamadas, escuelas secundarias y, sobre todo, los, así llamados, institutos sirven en realidad siempre, únicamente, para corromper la naturaleza humana, y ha llegado el momento de pensar en cómo pueden abolirse esos centros de corrupción, cuando la realidad es que deben abolirse porque, desde hace tiempo, son conocidos como centros de corrupción de la naturaleza humana y han demostrado ser tales, las, así llamadas, escuelas secundarias deben ser suprimidas, el mundo estaría mejor si suprimiera esas, así llamadas, escuelas secundarias, institutos, colegios de segunda enseñanza, etcétera y *se concentrara nada más que en las escuelas elementales y en las universidades*, porque la escuela elemental no destruye nada en el joven ser, no aniquila nada en la *naturaleza* de uno de esos seres, y las universidades son para los que están capacitados para la ciencia y, también sin las llamadas escuelas secundarias, están a la altura de las universidades, pero las escuelas secundarias deben ser suprimidas porque en ellas una gran parte de todos los jóvenes perecen y tienen que perecer. Nuestro sistema de enseñanza ha enfermado con el paso de los siglos, y los jóvenes obligados por la fuerza a entrar en ese sistema de enseñanza se contagian de ese sistema de enseñanza enfermo y caen enfermos a millones, y no se puede ni pensar en su curación. La sociedad tiene que cambiar su sistema de enseñanza si quiere cambiarse, porque si no cambia y se limita y, en gran parte, se suprime, pronto llegará a su ineludible final. Pero el sistema de enseñanza debe cambiarse *básicamente*, no basta con cambiar algo una y otra vez, aquí y allá, todo debe cambiarse en nuestro sistema de enseñanza si no queremos que *la Tierra* esté poblada *nada más que por seres antinaturales y destruidos y aniquilados por su antinaturaleza*. Y en primer lugar y sobre todo deben suprimirse las llamadas escuelas secundarias, en las que todos los años se contagian millones y enferman y son destruidos y aniquilados. El mundo nuevo, el *renovado*, si tiene que existir, no conocerá más que *la escuela elemental para las masas y la universidad para los individuos*, se habrá librado de un agarrotamiento de siglos, suprimiendo las escuelas secundarias y, por lo tanto, también los institutos. Y si existe tal asimetría, podemos concebirla como el *origen* de que ocurra una cosa y no ocurra la otra, así decía Wittgenstein. En el estado intelectual o sentimental, o intelectual y sentimental, siempre en seguida deprimente o, por lo menos, irritante, que me acomete instantáneamente hoy cuando llego a esa ciudad, con la violencia de una caída barométrica que lo hiere todo en mí, todavía después de veinte años, *me pregunto cuál es el origen* de ese estado intelectual o sentimental o, mejor, estado espiritual y anímico. No me obligan ya a ello y, sin embargo, entro en un instante una y otra vez (en realidad y con el pensamiento) y a menudo sin saber por qué, esperando algo aunque sé que no hay nada que esperar aquí, en ese estado espiritual y sentimental, que sin embargo no es más que un estado de ánimo devastador, por experiencia me digo una y otra vez que no entraré más en ese estado de ánimo, o sea en esa ciudad, ni en la realidad ni con el pensamiento. Una mente clara y el pensamiento que realiza, evidentemente exacto teniendo en cuenta sus posibilidades e imposibilidades, sobre el objeto de esa arquitectura probablemente referida a mí totalmente durante toda mi vida, por mi origen y mi infancia y juventud, y esa naturaleza totalmente referida a mí y a la inversa, no bastan para evitar la debilidad intelectual regular que se me produce en contra de toda razón, después de poco tiempo o de mucho pero, realmente, una y otra vez, que se me produce a mi llegada, a mi entrada a pie o en coche, desde la dirección que sea, en esa ciudad y, por lo tanto, en ese *repentino cambio* espiritual y afectivo, para mí nada más que destructor y probablemente mortal, y por lo tanto en ese *estado* intelectual y afectivo. Lo que hasta el instante de mi llegada ha sido fácil y transparente y, en mi edad actual, soportable, no es ya fácil en el instante de mi llegada sino que gravita pesadamente en mi mente, no es ya transparente sino opaco e insoportable por toda la carga que, todavía hoy, no suscita en mi mente más que miedo. Una infancia y juventud en todos los aspectos sólo difíciles y que precisamente conducen a un trastorno sólo depresivo, y todo junto, precisamente en esos años aquí indicados, el desarrollo más cargado de consecuencias, una corrección de mi camino que es una sensación caótica, hasta hoy nada más que inexplicada y que actúa en todas mis relaciones. La ciudad de mi infancia (y mi juventud) no ha sido liquidada, todavía entro en ella siempre con una mente indefensa, incapaz de la menor resistencia y con el ánimo totalmente a su merced. La distancia de veinte años en todas las regiones y direcciones posibles, en calidad de experiencia, todo lo que en ese intervalo de veinte años he vivido y estudiado *por ella y siempre contra ella*, como me consta, y he estudiado con energía y he eliminado otra vez resulta ineficaz contra el estado afectivo de mi entrada cuando llego. Es, cuando llego hoy, el mismo estado, la misma enemistad, hostilidad, desamparo, mezquindad lo que siento; los muros son los mismos, los hombres son los mismos, la atmósfera, esa atmósfera que oprime y lo mata todo en un niño desvalido es la misma, oigo las mismas voces, son los mismos ruidos, olores, los mismos colores y todo junto ese *proceso morbosó sólo aparentemente interrumpido* en mi ausencia, que actúa inmediatamente otra vez a mi llegada, que progresa sin interrupción y contra el que no hay remedio. En verdad es *un proceso de muerte lenta el que se inicia de nuevo en cuanto estoy allí y doy los primeros pasos y pienso los primeros pensamientos*. Otra vez respiro ese aire mortal que corresponde sólo a esa ciudad, oigo esas voces mortales, otra vez voy por donde no debería ir, por mi infancia y por mi juventud. Otra vez escucho, contra

toda razón, las viles opiniones de hombres viles, soy, contra toda razón, un hombre que habla cuando *no* debería hablar ya, un hombre que calla cuando *no* debería ya callar. La belleza como reputación de mi (un) país es sólo un medio para hacer sentir con intensidad despiadada su vileza y su irresponsabilidad y horror, su estrechez y su delirio de grandezas. Me estudio a mí mismo más que a todo lo demás, ésa es mi metafísica, ésa es mi física, yo mismo soy el rey de la materia que trato, y no tengo que dar cuentas a nadie, así decía Montaigne. Dos personas han quedado en mi recuerdo antes que todas las demás del instituto, un compañero de colegio totalmente tullido por una parálisis infantil, hijo de un arquitecto que tenía su estudio en una de las viejas casas de la orilla izquierda del Salzach, en una de aquellas casas negras de humedad hasta el tercero o cuarto pisos, con sus altas bóvedas y muros de un metro de espesor, en donde yo mismo estuve muy a menudo con el fin de hacer ejercicios particulares de matemáticas que, junto con ese compañero tullido, que me ayudaba también siempre en el dibujo lineal, me salían mejor que si los hubiera hecho solo, y por eso estaba con mucha frecuencia y por lo menos una vez por semana en casa de ese tullido, y Pittioni, el profesor de Geografía, aquel hombre pequeño, calvo, insignificante de arriba abajo, que era el centro de la burla y el escarnio de todos mis compañeros y realmente de todo el instituto, porque incluso los profesores, que eran sus colegas, se reían de aquel Pittioni realmente feo y que sufría más que nadie por esa fealdad, aquel Pittioni, mientras fui al instituto, fue la víctima de la burla y el escarnio de todos, una fuente inagotable de escarnios y burlas, y ese hombre se convirtió para mí poco a poco, absolutamente, en el centro del instituto y, lo mire hoy por donde lo mire, ha seguido siendo ese centro, como ejemplo aterrador de la disposición del individuo para ser víctima, por una parte, y de una sociedad totalmente brutal que continuamente actúa contra un individuo así, indiferentemente y sin escrúpulos, por otra, y por consiguiente como quintaesencia de la capacidad de dolor y de sufrimiento del individuo, por una parte, y como quintaesencia de la abyección y la vileza del (de su) entorno, como sociedad, por otra.

El tullido, que era hijo de arquitecto, por una parte, y Pittioni por, otra fueron para mí los seres dominantes como personajes en el instituto, precisamente aquellos en los que se mostraba día tras día, de la forma más deprimente, el horror de una sociedad despiadada, como comunidad académica. Tanto en el primero (el tullido) como en el segundo (Pittioni), pude estudiar ininterrumpidamente, en ese colegio, las nuevas crueldades inventadas día tras día contra los dos por la sociedad, como comunidad académica, y al mismo tiempo el desamparo de los dos, en todo caso lesionados y, con el tiempo, de forma cada vez más catastrófica, el proceso de su destrucción y aniquilación, ya muy avanzadas, y con cada día de clase más horribles. Toda escuela como comunidad y como sociedad y, por lo tanto, toda escuela tiene sus víctimas, y en mi época esos dos, el tullido del arquitecto y el profesor de geografía, eran las víctimas, toda la bajeza (de la sociedad) y toda la crueldad y el horror naturales, como enfermedad de esa comunidad, se desencadenaban día tras día sobre esos dos, y se hacían explotar sobre los dos. Sus sufrimientos a causa de la fealdad o de la incapacidad física eran día tras día ridiculizados de nuevo por esa sociedad, como comunidad, que no puede soportar esos sufrimientos, y convertidos con esa ridiculización en un objeto de burla con el que se divertían todos, tanto alumnos como profesores, continuamente, cuando se les presentaba oportunidad para ello, y también aquí en el instituto, como en todas partes donde hay seres humanos juntos y, sobre todo, donde están en masas tan horribles como en las escuelas, el sufrimiento de un individuo o el sufrimiento de unos individuos, como el sufrimiento del tullido del arquitecto y el sufrimiento del profesor de geografía, se habían convertido nada más que en una abyecta diversión, como perversidad repulsiva. Y no había nadie en el instituto que no participase en esa diversión, porque los llamados sanos participan siempre y en todas partes del mundo y en todo momento de buena gana, ocultamente o no, de forma totalmente abierta o totalmente disimulada tras su mendacidad, en esa diversión popular como ninguna, más que ninguna, en todo el mundo y en todas las épocas, a costa de los dolientes, los inválidos y los enfermos. En una comunidad así y en una casa así se busca siempre en seguida una víctima, y se encuentra siempre también, y cuando no *existe* ya esa víctima de antemano, *se crea en todos los casos una víctima así*, de eso se ocupa esa sociedad como comunidad y a la inversa, en una casa como el instituto (o como el internado), siempre. No es difícil comprobar en un hombre un, así llamado, defecto mental o físico y convertir a ese hombre, a causa de ese, así llamado, defecto mental o físico, en centro de la diversión de toda la sociedad de una comunidad así, allí donde hay seres humanos, se convierte a uno en seguida en objeto de burla y en fuente inagotable de risas de escarnio, sean ruidosas o suaves o sean de lo más insidioso y, por lo tanto, de lo más silencioso. La comunidad, como sociedad, no descansa hasta que no ha elegido a uno como víctima entre muchos o pocos y, a partir de entonces, ése se convierte en el que, por todos y en toda ocasión, es taladrado por el dedo acusador de todos. La comunidad, como sociedad, encuentra siempre al más débil y lo expone sin escrúpulos a sus risas y a sus siempre nuevas y siempre horribles torturas de burla y de escarnio, y para inventar inventos siempre nuevos y siempre más hirientes para esas torturas de burla y escarnio es de lo más inventivo. Sólo hay que mirar a las familias, en las que encontramos siempre una víctima de la burla y el escarnio, donde hay *tres* seres humanos *uno* es siempre objeto de burlas y escarnios, y una comunidad mayor, como sociedad, no puede existir siquiera sin una de esas víctimas o sin varias de esas víctimas. La sociedad, como comunidad, sólo encuentra su diversión en la deformidad de uno o de algunos individuos de su seno, eso se puede observar durante toda la vida, y se explota a las víctimas hasta que se las lleva totalmente a su perdición. Y en lo que se refiere tanto al tullido hijo del arquitecto como al profesor de Geografía Pittioni pude ver *hasta qué grado de abyección pueden llegar la burla y el escarnio y la destrucción y la aniquilación de esa víctima de la sociedad o de la comunidad, siempre hasta el máximo grado y, muy a menudo, más allá de ese grado máximo, porque la víctima es matada sin más*. Y la compasión por esa víctima es siempre sólo también una *así llamada* compasión y, en realidad, nada más que la mala conciencia del individuo por la forma de actuar y la crueldad de los otros, en la que, en realidad, él participa con la misma intensidad, como *alguien que actúa cruelmente*. Encubrir esto resulta inadmisibile. Ejemplos de crueldad y abyección y brutalidad de una sociedad como comunidad, con el fin de divertirse con una de esas víctimas suyas, al fin y al cabo siempre totalmente desesperadas, hay cientos, miles, como nos consta y, realmente, esa sociedad como comunidad o a la inversa lo prueba todo con ellas en la esfera de la crueldad y de la abyección, y casi siempre lo prueba hasta que sus víctimas están muertas. Ocurre como siempre en la Naturaleza, que sus partes debilitadas, como sustancias debilitadas, son las que primero son atacadas y explotadas y matadas y aniquiladas. Y la sociedad humana es, en ese aspecto, la más abyecta, porque es la más refinada. Y los siglos no han cambiado en ello lo más mínimo, al contrario, los métodos se han perfeccionado y, por eso, se han hecho más horribles, más infames, la moral es una mentira. El hombre llamado sano se ceba siempre en lo más hondo en el enfermo o el tullido, y en las comunidades y en las sociedades todos los llamados sanos se ceban siempre en los llamados enfermos y tullidos. Cada entrada de Pittioni a primera hora en el instituto marcaba el comienzo de una máquina de tormentos contra Pittioni que se ponía en marcha en seguida con toda brutalidad, en cuanto aparecía, y en esa máquina de tormentos tenía que sufrir aquel hombre toda la mañana y la mitad de

la tarde, y el salir del instituto e irse a su casa de la Müllner Hauptstrasse, donde vivía, sólo era para él un escapar de esa máquina de tormentos que se llamaba instituto para entrar de nuevo en su hogar en otra máquina de tormentos, porque tampoco su hogar era para Pittioni, como me consta, más que un horror, porque aquel hombre estaba casado y tenía tres o cuatro hijos, y todavía veo a menudo ante mí la imagen de Pittioni, empujando delante de su mujer el cochecito de niño con su hijo menor y más pequeño, dando un paseo por la ciudad, sólo por desesperación, en la tarde del sábado o del domingo. Esa persona castigada por nada con su fealdad, para toda la vida, salido de sus progenitores para ser puesto ante los ojos despiadados de la sociedad como comunidad, nada más que como objeto de burla y escarnio, nació ya nada más que como víctima de su sociedad. Se había resignado hacía tiempo, como podía ver yo claramente, a esa función suya, es decir, a divertir a la sociedad con su fealdad y deformidad. No era absolutamente nada más que una víctima de la sociedad, como muchos no son absolutamente nada más que víctimas, sólo que no lo reconocemos y fingimos otra cosa muy distinta, y era un profesor de Geografía notable, probablemente incluso el profesor de Geografía más notable que el instituto había tenido jamás, si es que no era el profesor más extraordinario en general que había conocido el instituto, porque todos los demás, *por su salud ilimitada y precisamente por esa salud*, no eran más que medianías y no igualaban en nada a aquel hombre. Muy a menudo pienso en el martirizado Pittioni, o sueño con él, y realmente todo en él era, en efecto, de lo más ridículo, pero esa ridiculez suya era una grandeza muy determinada y destacaba mucho sobre todos los demás del instituto y, en verdad, en todo y por todo. Al terminar las clases, cuando todos se habían ido, cuando el instituto estaba ya vacío, el hijo tullido del arquitecto seguía esperando en su (y mi) banco. Condenado a una inmovilidad casi completa, ese compañero de colegio tenía que esperar diariamente a su madre o a su hermana, que lo sacaban del banco y lo colocaban en su silla de ruedas, hacía tiempo que se había acostumbrado a ese proceso. Muy a menudo, y no sólo porque me sentaba a su lado en el banco, yo le hacía más corto el tiempo de espera, y ese tiempo de espera lo empleábamos los dos la mayoría de las veces en contarnos cosas de la esfera más íntima de nuestra existencia, así pues, yo le contaba lo que me parecía más digno de ser contado del internado, y él de su casa. A veces su madre se retrasaba, y también su hermana mayor llegaba de vez en cuando hasta una hora más tarde de lo convenido, esos tiempos de espera pasaban como es natural lentamente, y muy a menudo tenía ganas de escaparme de allí y correr por el Grünmarkt y el Staatsbrücke hasta el internado, pero mi compañero lograba retenerme con sus pruebas de amistad, que se manifestaban en todas y cada una de las cosas. Cuando su madre o su hermana entraban en la clase, para recoger a su hijo y hermano, subían siempre con un montón de verduras y de fruta que acababan de comprar en, el Grünmarkt, que se encontraba exactamente debajo del instituto, y colgaban las verduras o la fruta de la silla de ruedas, levantaban al tullido y, con mi ayuda, sacaban de la clase a su hijo y hermano, el tullido, junto con la silla de ruedas y las verduras y la fruta, y bajaban las anchas escaleras de mármol. Ante el monumento a los caídos del primer piso, depositaban a la silla de ruedas y al tullido, que les resultaban demasiado pesados, y hacían una pausa. Allí me despedía yo la mayoría de las veces y me iba corriendo, muy a menudo, al llegar de esa forma con retraso al internado, no me esperaban más que una comida fría y toda la severidad del Prefecto. Los demás compañeros de colegio eran hijos de comerciantes acomodados, como el hijo de Denkstein, el propietario de una tienda de zapatos, o hijos así de médicos y empleados de banca. Muy a menudo me encuentro hoy ante una tienda y el nombre de la puerta me resulta conocido, y pienso, con su propietario actual fui al instituto. O leo en los periódicos noticias de jueces con los que estuve en el instituto, o de fiscales o de propietarios de molinos que estuvieron en mi clase, y también hay varios médicos entre ellos, la mayoría fueron conmigo al instituto para convertirse en lo que fueron sus padres, se hicieron cargo de los negocios y las oficinas de sus padres. Pero ninguno de ellos se me ha quedado realmente en el recuerdo como el tullido hijo del arquitecto, cuyo nombre no cito. En ese alumno tullido del instituto y en el profesor de Geografía Pittioni, dotado de toda la fealdad y ridiculez posibles, es en los que pienso inmediatamente cuando pienso en el instituto. Ese edificio, situado en medio de la ciudad y, por ello, en medio de una de las arquitecturas más bellas que se hayan creado jamás, se me ha hecho poco a poco más insoportable y, de pronto, realmente imposible. Pero antes de abandonarlo definitivamente y por mi propia decisión y, al mismo tiempo, también el internado de la Schranngasse, tuve que soportar todavía muchas calamidades y desgracias. Entonces me parecía como si yo fuera el tercero de aquellos dos en los que acabo de pensar, el tullido hijo del arquitecto y el profesor de Geografía Pittioni, pero a diferencia de esos dos, cuya desgracia podía verse en todas y cada una de las cosas, mi propia desgracia estaba profundamente escondida en mí y en mi ser por naturaleza introvertido, y la ventaja de esa forma de ser es que su desgracia no se percibe y por ello, en líneas generales, no es molestada, mientras que los otros dos, el hijo del arquitecto y el profesor de Geografía Pittioni, jamás dejaron de ser molestados, en toda su vida, yo mismo pude esconder siempre mi desgracia bajo la superficie, pude hacerla invisible, y cuanto más desgraciado era menos se podía notar esa desgracia en el exterior (y en el interior) de mi ser, y como mi ser no ha cambiado, hoy ocurre lo mismo que entonces, casi siempre consigo ocultar mi estado interior real con un estado mostrado

exteriormente que no da ninguna clase de información sobre mi estado interior, esa cualidad es un gran alivio. Es verdad que iba todos los días, a primera hora, del internado de la Schrammengasse al instituto, pero sabía que no tendría que recorrer ya mucho tiempo ese camino, aunque de ese pensamiento pensado ya por mí con la mayor intensidad no había dicho nada a nadie, al contrario, me esforzaba ahora por dar la sensación de que todo era normal, porque sabía que, por mi propia voluntad, y las consecuencias de esa decisión próxima me eran cada vez más indiferentes, también a mi abuelo, pensaba, tendré simplemente que ofenderlo, dejaría el instituto y por lo tanto también el internado y toda esa época de la enseñanza secundaria, aunque todavía no supiera exactamente de qué forma y en qué condiciones reales, sólo que era seguro que pondría fin a esa situación que, durante tantos años, sólo me había atormentado y rebajado. Hubiera tenido que llamar la atención el que de pronto fuera disciplinado y sólo rara vez llamara la atención, el Prefecto y su superior el Tío Franz no tenían ya conmigo, desde hacía tiempo, ninguna dificultad, yo me había sometido de pronto totalmente e incluso hacía progresos en el colegio, pero sólo por la certeza de que mi época de sufrimientos terminaría pronto. Ahora estaba también con frecuencia solo y, ocupado en ese pensamiento de poner fin a mi época del instituto más que en ningún otro, subía a las dos colinas de la ciudad y me entregaba allí arriba durante horas, echado bajo un árbol o sentado en un pedazo de roca, a la observación de la ciudad, que de repente era bella también para mí. La época de sufrimientos de mi época de la enseñanza secundaria era ahora para mí sólo cuestión de un plazo breve, cuando no del más breve de los plazos, interiormente me había sustraído ya a esa época de sufrimientos. A finales del cuarenta y seis, mis abuelos y mi madre y mi tutor con sus hijos, de pronto, de la noche a la mañana, porque querían ser austríacos y no alemanes y respondieron volviendo a Austria al ultimátum de las autoridades alemanas para que aceptaran la nacionalidad alemana de la noche a la mañana o, igualmente de la noche a la mañana, volvieron a Austria, volvieron a Salzburgo. Yo les había conseguido en tres días una vivienda en el barrio de Mülln, y había podido esperarlos y recibirlos allí, en esa vivienda, atrincherado por miedo a ser expulsado de ella por otros que buscaban vivienda. Aprovechando las circunstancias caóticas en que nos había precipitado a todos la decisión de seguir siendo austríacos y no alemanes, después de haber dejado el internado hacía tiempo seguí yendo algún tiempo aún al instituto, y un día, después de haberme liberado hacía tiempo interiormente del instituto, tomé realmente la decisión, a mitad del camino del instituto, que me llevaba por la Reichenhallerstrasse, de ir a trabajar en lugar de al instituto. La oficina de trabajo me puso en relación aquella misma mañana con Podlaha, comerciante en comestibles, del barrio de Sherzhauserfeld, en donde, sin decirles una palabra a los míos, comencé un aprendizaje de tres años. Tenía ahora quince años de edad.